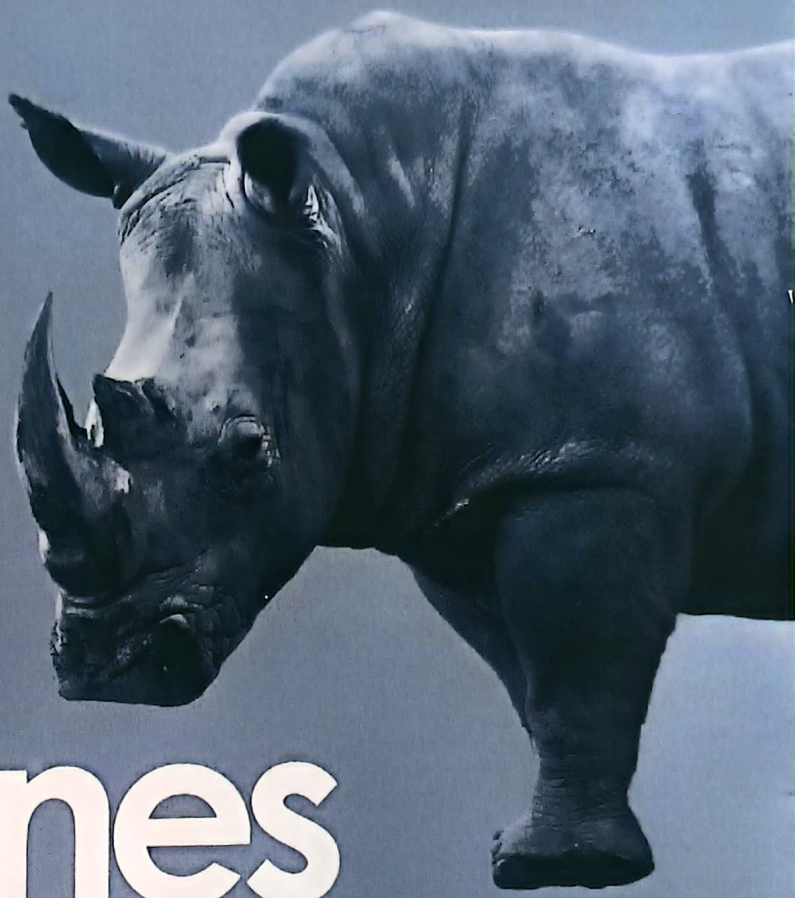

Aviones que se estrellan contra todo

John F. Galindo

LUGAR COMÚN
NOVELA

John F. Galindo
(Bucaramanga 1978)

Ganador de diversos premios de Poesía en Colombia. Cuentos y poemas suyos han aparecido en publicaciones nacionales e internacionales así como en diversas antologías. Ha publicado los poemarios *Ventanas de otros días* (2007), *Karaoke Demon* (2010), [L] (2012) y *No hace falta que te digan que te quites* (2017). *Aviones que se estrellan contra todo* es su primera novela. Su obra no ha sido traducida a ningún idioma.

Aviones que se estrellan contra todo

Aviones que se estrellan contra todo
© John F. Galindo
© 2019 Esta edición Lugar Común Editorial
Libro ganador de las Becas Bicentenario 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
Diseño y maquetación © 2019 Lugar Común Editorial

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de manera alguna, por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, almacenaje de información grabada o sistemas de recuperación, sin el permiso escrito de los editores, excepto por investigadores o reseñadores, quienes pueden citar pasajes breves en un texto crítico.

No part of this book may be reproduced or transmitted in any form, by any means, electronic or mechanical, including photocopying and recording information storage and retrieval systems, without permission in writing from the publisher, except by reviewers who may quote brief passages in a review.

Library and Archives Canada Cataloguing in Publication

ISBN 978-1-987819-65-6

Publicado por Lugar Común Editorial
Bogota, 2020

www.lugarcomuneditorial.com
info@lugarcomuneditorial.com

Canadá/Colombia/México

Los trenes solo empiezan a existir cuando descarrilan, y cuantos más viajeros muertos, más existen los trenes; los aviones solo acceden a la existencia cuando son desviados.

–Georges Perec, *Volver a Verne*

1

Un rinoceronte corre por la autopista. Su único interés consiste en ser algo que avanza a toda prisa. Su sombra es la imagen de la soledad que huye de ella misma sin mirar atrás. Otro rinoceronte corre junto a él. Se miran como dos tanques de guerra enamorados a punto de destruir el mundo. Como si nada importara. Sin embargo, no es el amor el que los une, es una fuerza sobrenatural, el impulso incontrolable de huir de todo. Quizá solo se trate de que somos aquello de lo que no pudimos escapar, piensa el primer rinoceronte al detenerse en medio de un parque desierto. El segundo rinoceronte levanta el vuelo y desaparece a través de la lluvia que ahora cae en este sueño. Es una lluvia inofensiva, pero, como en otros sueños que has tenido, sentir la lluvia es realmente alentador, como si un fantasma lejano se acercara y te susurrara palabras frías al oído. Llueve y el rinoceronte solitario camina lentamente. Cruza la calle que atraviesa el parque, olisquea aquí y allá y orina frente a una banca. Parece que no le incomoda mojarse. No puedes advertir el punto exacto desde donde lo miras, pero logras observarlo con detalle. Incluso puedes acercarte tanto que reconoces su olor. Huele como huelen los rinocerontes mojados a punto de estrellarse contra la niebla. Te mira y deja escapar un quejido agudo. Te alejas inmediatamente mientras te preguntas por qué carajos el rinoceronte que no vuela te enseña

su cuerno afilado. Te sientes aún más asustado cuando camina hacia ti. De repente acelera su paso. Corre a cincuenta kilómetros por hora y huyes despavorido sin dejar de mirarlo. Crees que de haber tenido agallas lo hubieras enfrentado a muerte. Crees que de haber tenido agallas las cosas hubieran sido diferentes. Aunque no hacen falta agallas cuando tienes un dolor de cabeza como el que sientes ahora que el rinoceronte que no le teme a la lluvia se ha desvanecido; cuando adviertes el sudor en tu cuerpo como una quemadura de primer grado y te das cuenta de que estás sentado al borde de la cama y que en pocas horas el avión que sacará a tu hermano y a Liza de aquí despegará y quedarás solo.

Liza duerme junto a Óscar, la espías sin temor a que te descubran; tiene la boca abierta y sus dientes puntiagudos te dan miedo. Tienes un dolor de cabeza que te vuelve loco. Quieres que tu cabeza vuelva, que construya algo que no se derrumbe a cada instante. El corazón te brinca como diciendo "¡Corre de una puta vez!" Pero no lo haces. Tu vida es una pista de aterrizaje abandonada. Entonces piensas en el rostro de tu madre, en el día en el que tu hermano perdió las piernas, en las ojeras de tu padre, en la primera y única vez que besaste a Liza, en que mañana todo arderá por fin. En esos dos a los que no volverás a ver. Piensas también en la nueva vida que les espera y eres feliz por ellos. Feliz como solo puede ser un hombre con ganas de quemarlo todo y con un boleto de avión hacia ninguna parte.

2

Me gustan los incendios y odio las despedidas. Antes me gustó ver volar los aviones y soñar con el día en que pudiera robarme uno. El fuego hace que las cosas tomen forma. Antes también me gustó pensar en esta ciudad como un tobogán larguísimo que desembocaba lejos de aquí. Quisiera que el cielo me tragara y me escupiera en otro lado. Esta puta ciudad es un fantasma. No me agradan ni el sol, ni las calles, ni la gente. No llueve desde hace meses y el calor lo devoró todo. El sudor es una tumba que te aprisiona los huesos. Aquí no pasa nada. Desde que quitaron la fuente de al lado de la biblioteca cada uno se fue por su lado. Quienes pensaban que vagando todo el día esquivarían la patada voladora del tedio se quedaron sentados en el bosque de la universidad, otros se soplaron lo que encontraron y se volvieron mierda solos, otros arrojan piedras a los policías que disparan, como si no hubiera cosas por quemar afuera, más allá de las montañas. Mi hermano y yo decidimos acostarnos sobre el pasto mojado para ver despegar los aviones y planear la manera de escaparnos de esta alcantarilla, pero eso fue antes de la ola de calor y de Liza. Antes de que Óscar perdiera sus piernas y decidiera abandonarme como a un pañal cagado al borde de la carretera. En pocas horas estará sentado en un avión mientras yo me quedaré aquí, de vacaciones en mi propia miseria. Hoy las cosas son otra vuelta, una

caja negra repleta de recuerdos y pesadillas. Mis sueños caminan sonámbulos por la autopista, después despegan como un DC-3 destartalado hacia otra parte. Lejos. Luego viene la desgracia y lo borra todo. Mi hermano escapará de aquí mientras yo escribo mi nombre con el dedo en el cemento fresco mientras espero a que algo pase. Pero no sucede nada.

3

La mediocridad me mantenía vivo y alerta. Vivir en una ciudad como esta puede partirte el culo si intentas ser alguien en la vida. Nada. Así terminan las historias aquí. No quería parecer derrotado. No quería de ninguna manera ser derrotado. De hecho, eso era lo último que deseaba en el mundo, pero todo lo que pensaba antes de dormir era triste porque no pensaba en el cielo sino en abismos y en cosas que caían como aviones. Cosas que podían ser mi corazón abandonado por aquellas mujeres que nunca me amarían. Cosas que podían ser los aviones en los que pensaba escapar de esta ciudad. Pero eso no era lo que quería, era más bien lo que temía, aunque sabía que uno siempre se encuentra con lo que teme, igual que inevitablemente termina por estrellarse contra lo que intenta esquivar. En ese tiempo estaba más confundido que ahora, mi cabeza estaba llena de aserrín y no sabía de qué manera barrerlo. En ese tiempo creía que el amor era el objetivo, eso era precisamente lo que sucedía la mayor parte del tiempo. Una montaña rusa que se desbarataba en su punto más alto. De manera que no tenía mucho sentido tratar de mejorar las cosas porque el ruido de los aviones sobre mi cabeza estaba empecinado en destruirme. Aun así, me deseaba suerte cada noche antes de caer dormido. Por esos días deambulaba de un lado a otro de la ciudad como si nada importara y la única razón de resistir radicara en el aburrimiento, como si nada me atara a las calles en las que hace muchos años me había perdido.

4

La primera vez que pensamos escapar éramos niños. Fumábamos los cigarrillos que mi mamá dejaba sobre la nevera y jugábamos a descifrar el rumbo de los aviones que despegaban a nuestro lado. Óscar tenía diez y yo doce. Empacamos un par de cosas en una maleta sucia y decidimos irnos en el primer avión que pudiéramos. En el aeropuerto ya nos conocían porque a veces nos veían jugando en los esqueletos de las avionetas que adornaban los talleres. Nos sacaban, pero siempre volvíamos. Sin embargo, aquella vez tuvimos miedo, era de noche y hacía un frío áspero. Teníamos una bolsa de pan que nos comimos callados. Óscar me dijo: Se acabó, ahora tengo que volver. Supongo que algo pasó entre los dos ese día, algo que solo dos hermanos golpeados por el silencio pueden entender. Cuando llegamos a casa, había amanecido. Él metió la mano por la ventana y abrió la puerta. Nadie dijo nada. Nadie nos esperaba. Nunca supe si alguien se había dado cuenta de que no estábamos. Nos acostamos el uno junto al otro y por primera vez todo estuvo en calma.

5

Desde pequeño me gustó incendiar cosas. Si me hubieras visto de pequeño te hubieras asustado. Me ponía los vestidos de mi mamá y me pintaba la boca como un payaso feo, luego le sacaba los fósforos del pantalón a mi papá y corría al patio a quemar las hormigas rojas que caminaban en fila por el pasto. Una vez soñé que iba montado en un dragón que escupía fuego sobre mi colegio, sobre esta ciudad que no entendía la belleza de un incendio. ¿Sabes qué les pasaba en ese tiempo a los niños que se vestían de mujer y soñaban con quemar cosas? Jamás podrás imaginarte lo que era verse así a los siete años. Aun así, por esa época yo era el niño más feliz del mundo. No sé en qué momento la vida se convirtió en una babosa gigante. Yo solo deseaba caminar descalzo, dejarme picar por las hormigas y sacarme los piojos para luego quemarlos en la soledad del patio.

Un día mi papá entró a mi cuarto y me vio probándome un sostén relleno de medias. Mi papá es un tipo extraño. Las piezas de su cabeza se desordenaron y después se juntaron de manera rara. Me miró a los ojos y cerró la puerta. Después de aquella escena lo vi muy poco, un par de veces en las que pasaba por mi lado y me tocaba la cabeza sin mirarme. Creo que fue cuando se murió mi mamá cuando pude advertir, después de muchos años, las bolsas bajo sus ojos, los pelos en sus orejas que inundaban el pasado como una maleza

tierna. Venía con la cara sumida en la tristeza, como si un dragón hubiera devastado esa ciudad que él mismo era. Yo me encontraba leyendo una enciclopedia vieja, de esas que traían muchas fotos y se pagaban a cuotas durante años. Vi a papá con su mirada nublada parado frente a mí. Tu madre ha muerto, dijo como si no hubiera pasado nada. Yo volví a la enciclopedia y me perdí en los millones de letras que caminaban como hormigas moribundas. Funcionaba de maravilla. Papá seguía ahí sin decir nada. Me detuve en la imagen de un castillo viejo y pensé en todas las cosas que tendría dentro, cosas maravillosas que solo podrías encontrar allí. Luego pensé en todas las cosas que no quería encontrar allí: navajas, zapatos sin cordones, loncheras, agujas, carritos de supermercado, monedas de diez pesos, balones pinchados, uniformes de karate, piezas de lego amarillas, edificios muy altos, bigotes, cilindros de gas, cáscaras de banano, cabezas de rinocerontes, mechones de pelo, jarabes para la tos, portarretratos vacíos y ataúdes para niño. Cuando levanté la cabeza papá no estaba, entonces supe en qué me había convertido.

6

Agripina tenía una obsesión, que su hijo Nerón fuera emperador. Se decidió por consultar el oráculo y este le contestó: "Tu hijo será emperador. Pero cuando llegue a serlo asesinará a su madre". Ella contestó: "En realidad, que me asesine me tiene sin cuidado". Nerón intentó asesinar a su madre tres veces.

Mi madre siempre creyó que yo iba a llegar lejos, que era el más inteligente de sus dos hijos. Mamá no necesitó ayuda para morir, desde siempre supo cuál iba a ser su destino. Me sobaba la cabeza cuando prendía sus cigarrillos y me miraba a los ojos mientras me decía que nunca fumara una de esas porquerías porque podría quemar mi vida. Que cuando se muriera no la llorara. Recuerdo que cada vez que mi mamá salía de casa, yo dibujaba corazones morados en hojas cuadriculadas que recortaba mal y los escondía en los bolsillos de la ropa que guardaba en su armario. Tiempo después, cuando murió y descolgamos los vestidos que nunca usaba y limpiamos la casa de sus cosas, encontré esas pequeñas notas en una caja aterciopelada que escondía en una jarra de plástico junto a sus joyas. A veces me da por pensar que mi mamá es un fantasma que asesino con los pocos recuerdos que aún guardo en mis bolsillos.

7

Como los aviones, también nosotros tenemos una caja negra que registra quiénes y qué decisiones nos llevaron al desastre. En algunos casos los recuerdos constituyen el plan de vuelo sobre el que fundamentamos nuestra existencia, otras veces tan solo son un ancla que nos arrastra al fondo de nosotros mismos. Recuerdo a mi mamá peinándome durante horas en la casa que era de mi tía, cuando no vivíamos cerca al aeropuerto y yo apenas balbuceaba palabras que ella aplaudía como si en verdad creyera que iba a pasar algo conmigo. En ese tiempo Óscar no había nacido y yo pasaba todo el día corriendo por la casa. Ahí fue donde conocí el fuego, el calor del fuego con el que mi mamá prendía esos eternos cigarrillos que poblaban de humo sus arrullos, sus promesas de amor, sus regaños. En aquella época, yo era un niño solitario que arrojaba los zapatos por la ventana que daba a la calle, la épica de correr las cortinas para que nadie descubriera mi pequeño secreto. A veces creo que sería otro sin mi pasado. Otras veces creo ser un montón de recuerdos metidos a presión en una caja con una etiqueta de "frágil" en el exterior.

8

Siempre me ha venido bien la idea del fin del mundo. Estrellarme con eso que nunca voy a conocer ha sido, desde el inicio de todo, un ejercicio enternecedor. Cuando la infancia se alejó y cada uno tomó su camino, llegaron unos días interminables y tristes. Durante mucho tiempo no pasó gran cosa, nadie hablaba de nada hasta que Liza apareció y se metió con mi hermano. Liza era una gringa que aterrizó aquí como voluntaria de una oenegé y a veces caía por la universidad a parchar y a tomar cerveza. La primera vez que la vi estaba sentado en una banca del bosque, ella venía sola y tenía el pelo amarrado con un trapo de colores. Ese mismo día entendí que Liza jamás me amaría. Nunca he sabido con certeza qué sucedió. Si yo fuese inteligente conocería la respuesta a esta pregunta. Creo que todo lo que hacemos por amor lo hacemos porque estamos hechos para el desastre. El amor es una tontería, pero Liza no lo era. A pesar de mi hermano, ella insistía en sobrevolar mi cabeza como balas de ametralladora. Quizá era una mentira que me gustaba repetirme. "Si todo es mentira escoge al menos una que sea hermosa", me decía cada vez que la veía sola, pateando cosas por la calle. Cada vez que sentía su presencia imponente se me encogía un poco el corazón, arrugándose sobre sí mismo igual que un escarabajo herido, como si ella misma fuera una de esas líneas blancas que dejan los aviones en el cielo y que cuando miras de nuevo todavía están allí.

Poco a poco la ciudad tomó otra forma. Llegaron unos días pegajosos con Liza en el centro de mi vida. Algunos enloquecimos por ella y, dentro de nosotros, peleamos con fuerza por un poco de su voz, y cuando se nos acabaron las balas, empuñamos nuestros cuchillos, y cuando no pudimos más, atacamos con los puños, con los dientes, con las uñas. Pero nada sirvió y aceptamos la derrota. Muy adentro. Solo nos quedó caminar hasta morir. Caminar es lo único que puedes hacer cuando te has enterado de lo mal que está todo. O cuando intuyes que algo grande está a punto de caerte encima. Como un dirigible. Caminar para no llorar. Caminar para alejar el huracán de la tristeza.

Si yo fuese inteligente, hubiese sabido todo esto desde antes. Pero no lo soy y nunca lo sabré.

9

El bosque de la universidad no es un bosque. O al menos no uno de esos que aparecen en las fábulas infantiles. Esta es una historia diferente a todas las historias que te han contado. Creo que podrían acabar con todo lo que conoces. Con todos los libros, con todas las oraciones, aviones y cielos y nubes. Podrían acuchillar todas las tardes de esta ciudad. Podrían poner a dormir a todos sus vagabundos, a todos sus maleantes, y a los muertos de pena, de amor, de asco, de aburrimiento. Podrían desaparecernos a todos y a pesar de eso el bosque seguiría estando ahí, contando las mismas historias una y otra vez. En sus buenos tiempos la distancia entre un árbol y otro era la misma que entre una pena y otra. Se trata de una selva detrás de la Facultad de Ingeniería Eléctrica, donde nos refugiábamos del calor y de la muerte. Un aeropuerto desde donde despegaba la locura, la pista de aterrizaje de nuestros peores días.

Recuerdo los días de lluvia en que los árboles parecían más altos. Me acuerdo de la primera vez que vi a Liza y el color de sus uñas, como si eso fuera lo crucial. Recuerdo la neblina, el humo que cubría todo en las mañanas y en las tardes y en las madrugadas en las que jugábamos parqués y apostábamos cigarrillos o monedas; a un negro alto de gafas oscuras que caminaba como en un trance; un negro que fue mi hermano en los buenos tiempos. Recuerdo a un tipo sin dedos que fumaba

como un loco bajo la lluvia; a una chica de dientes raros y cabello corto que vestía de rojo y negro cada día. Recuerdo a otro que dibujaba sobre las mesas, sobre las sillas, sobre su propia cara cuando se emborrachaba y se moría de alegría. Recuerdo el frío y el sabor de la sangre cada vez que alguien intentaba meterse con mi hermano y yo salía en su defensa como cuando éramos niños y él se peleaba por mí. Recuerdo los árboles grandes y el dolor del cuerpo cuando me despertaba después de una larga siesta. La extraña sensación de tener cuerpo y la extraña sensación de tener miedo. Recuerdo cuando sus eternos habitantes y sus visitantes asiduos se levantaron de sus lugares de siempre y salieron a pelear cuando la policía empezó a matarnos. Destruir la ciudad era lo único valioso por aquellos días, y si a eso le sumas que el bosque era el refugio de forajidos de todas las especies, allá afuera los policías no la tendrían fácil, así supieran que seríamos nosotros los perdedores. ¿Qué más recuerdo del bosque? Los árboles, el dolor del cuerpo, el frío y el rostro ensangrentado de los días.

10

Volábamos por la ciudad de un lado a otro. Óscar y yo éramos muy unidos hasta antes del accidente. Cuando alguien intentaba molestarme en el colegio él saltaba como un leopardo hambriento a defenderme. Nos subíamos a los buses que iban al aeropuerto, esos buses que tenían un avioncito azul pintado en las puertas y jugábamos a imaginar que en cualquier momento despegaría. La subida del colegio a la casa tardaba cuarenta minutos. Sacábamos la cabeza por las ventanillas y saludábamos a la gente con la mano, como despidiéndonos. Como si allá arriba no nos esperara más de lo mismo. De todas formas, éramos felices, tan felices como solo pueden ser dos hermanos que juegan a evadir la realidad. Nos habíamos comido tantos días y tantas noches de lo mismo que nuestras cabezas llegaban a casa mucho después que nuestros cuerpos, como si en cada viaje nos extraviáramos de la vida que nos había tocado vivir, como si nos saliéramos de los radares y nadie nos pudiera encontrar de nuevo. El bus solía ir tan despacio que podíamos escuchar la velocidad de nuestros pensamientos. Me gustaba ver la risa de mi hermano cuando escupía cosas a los transeúntes. Y aún hoy me gusta imaginarlo así, con sus dientes grandes asomados en la nada.

Óscar tenía una enorme fascinación por los aviones perdidos. En sus sueños el avión en el que viajaba desaparecía cuando se estrellaba con una pared en blanco.

Es como si supiera que no hay nada, que no voy a llegar a ninguna parte, decía mientras miraba para otro lado. Como si supiera que tarde o temprano la vida se encargaría de llevarnos a destinos distintos. Cuando éramos pequeños y todavía le pedíamos a Dios que nos permitiera volar sobre el mar, mi hermano y yo podíamos recitar de memoria las capitales de la mayoría de países del mundo, conocíamos sus banderas, sus monedas, los rostros de sus gentes. Jugábamos a sobrevolar sus montañas y desiertos sobre los viejos mapas que papá nos traía de regalo. Si lo pienso bien, en realidad nunca aterrizábamos, nunca ganábamos. El humo de los cigarrillos de mamá nos impedía una buena visibilidad. Le pedíamos a Dios conocer el mar y el amor. Aunque Óscar no creía en Dios y para mí era una idea que cobraba fuerza cuando miraba al cielo. Usábamos las corbatas del uniforme y simulábamos ser capitanes de vuelos perdidos. Me gustaba imaginar que hacía un rápido descenso y me desplomaba sobre el mar en caída libre, que nadie encontraba rastro de mi tripulación, que nunca nadie se acordaría jamás de mí, que solo Dios podía imaginar mi destino a pesar de nunca haberle dedicado una oración. Cuando Óscar y yo separamos nuestros caminos, me retiré de la universidad y empecé a trabajar recibiendo quejas de la gente, Dios se convirtió simplemente en el copiloto de mi desgracia. En un pasajero mareado resignado a morir de repente. Cuando dejé de soñar y me convertí en el tipo que escucha los insultos de los demás y me quejé de tener que trabajar a diario, Dios sabe que lo hice por no estar dormido todo el tiempo, por alejarme del fantasma de mamá y

por no enloquecer de buenas a primeras. Que todo lo que quería era enamorarme un día y dejar de pensar por fin en huir de esta ciudad. Había estado enamorado antes de que apareciera Liza, es verdad, pero nunca antes había deseado con tanta fuerza que todo lo que conocía se fuera al traste. Entonces creía que el amor era lo único que podía salvarme. Solo quería encontrar un punto de donde agarrarme para no caer al vacío, un punto de apoyo para no desaparecer. Solo Dios sabe lo mucho que quería amar a una mujer. Aunque Dios fuera ahora un punto inexistente en el mapamundi. Un día abres los ojos y las cosas con las que soñabas de niño se han desvanecido para siempre. Otro, tan solo piensas en lo mal que están las cosas y nada pasa. Con el tiempo Óscar y yo nos alejamos sin distanciarnos del todo. Porque a pesar de que no tenía pies, los había puesto en la tierra. Ahora leía a Marx día y noche y profesaba la religión del aburrimiento de una forma diferente, ahora los viejos sueños de secuestrar aviones y escapar hacia rumbos inciertos eran solo recuerdos infantiles, gritos de dolor, aviones que se estrellaban contra todo.

11

Has sido un marxista testarudo durante algunos de los lapsos más felices y atroces de tu vida. Una vez viste el cadáver de una mujer sobre la autopista. Tu memoria prodigiosa a veces trae a tu cabeza cosas de las que no quisieras saber nada. Estudiaste Historia. No te gusta el pan. Te quedaste sin piernas a los quince después de que tu plan como polizonte tuviera algunos fallos considerables. Nada de eso te preparó para la noticia de que tu madre se estaba muriendo. Ninguna de esas cosas hizo menos tenebrosos los días que pasaste a su lado en aquel hospital de mierda mientras tu hermano se quedaba en casa leyendo sus enciclopedias como si no pasara nada. Mientras tu padre se perdía entre maletas y basura ajena para pagarlo todo. Mientras tu madre se moría y tú solo pensabas en que después de que ella muriera ibas a meterte como fuera en el primer avión que te llevara a la puta mierda. Eras una bestia herida, un niño que dibujaba aviones hinchados de tristeza en sus cuadernos mientras a tu madre se le caía el pelo. Tu vida ha sido un tránsito entre las ganas de morir y el amor, entre el hecho de querer estar en otra parte y el deber estar aquí. Pero ahora es diferente, en un par de horas estarás sentado junto a la mujer que amas mientras le tomas la mano y esperas a que el avión despegue. Mientras miras por la ventanilla y ves tu casa y la pista en la que quedaron tus mejores años, mientras piensas en tu hermano

y en los zapatos que quisieras usar. Juraste por tu madre que nunca ibas a pensar en eso de nuevo. Pero ahora ves que ya no importa, que era solo una de esas cosas. Una de esas cosas que a veces pasan.

12

Siempre he querido sacar de mi cabeza el día en que se me ocurrió la maldita idea de incendiar la ciudad. Estaba viendo un programa de manualidades en el que una mujer enseñaba a coser tapetes para el baño mientras hablaba con sus invitados. Todos parecían estar muy contentos. No eran más que viejas actrices venidas a menos o gente que no reconocía de ninguna parte, pero tenían pistolas de silicona y encajes de colores con los que se decoran las tapas del inodoro. Estaba viendo ese programa y escuchando un disco de Slayer, y eso era todo lo que quería hacer en ese instante. La silicona pegaba todo con absoluta transparencia. Lo cierto es que no conseguía distinguir bien las manos de los invitados de las de la señora que dirigía el programa. Subí el volumen de la música para que todo fluyera mejor. Funcionaba de maravilla. Encendí un cigarrillo y pensé en todas las cosas que volaban por ahí fuera, cosas aparentemente sencillas que pueden volverte loco en un par de segundos. Entonces, como si regresara de un viaje muy largo, la idea llegó a mi cabeza. Poco a poco iba a incendiar la ciudad que me había atrapado y escribiría mi nombre en sus paredes con la ceniza de sus ruinas. "Poco a poco" era la forma más bonita que tenía para decirme que no sabía lo que estaba haciendo.

13

Esta mañana no es igual a las mañanas en las que solíamos ser más pequeños. La sensación de la niñez se resumía en colarnos a las pistas de aterrizaje y correr hasta desaparecer. Corríamos tanto que algunas veces creíamos que en cualquier momento nos desprenderíamos del suelo y echaríamos a volar. Por aquella época papá empezó a trabajar como maletero del aeropuerto y nosotros nos fuimos a vivir allí, justo al otro lado de la cerca que delimitaba la tierra del cielo. Esa frontera vasta que solíamos burlar de vez en cuando para esculcar en los hangares y diseñar nuestra ruta de escape. La sensación de niño era fundamentalmente la de tener alas. En las mañanas de las que hablo solíamos parecer Boeings 707 cargados de una felicidad rabiosa. Nuestra rabia era una mujer hermosa que nos hacía imaginar que algún día íbamos a ser nosotros quienes piloteáramos esos aviones que interrumpían nuestro sueño. Un avión que vuela sobre el techo de tu casa y al que le alcanzas a leer el número de matrícula no es un avión demasiado peligroso si piensas que algún día serás tú quien logre volar sobre las cabezas de los demás. Un hombre de gafas negras, con una pistola y una bomba a punto de secuestrar un avión, en cambio, puede llegar a ser lo más peligroso que jamás hayas visto. Siempre quise ser piloto de aviones. Entonces recortaba cada imagen y leía cada cosa acerca de ellos, papá me decía

que dejara de ser tarado, que los pilotos eran unos putos arribistas, unos pobres pendejos que miraban por encima del hombro, que en el sindicato los odiaban por maricas. A mí no me importaba eso, yo ni siquiera sabía que eran un sindicato ni un marica. Yo quería era volar y mirar desde arriba. Abajo el techo de mi casa, abajo mi madre con su tos seca y sus cortinas, abajo mi padre y sus bolsas oscuras bajo los ojos, abajo la ciudad y sus callecitas de mierda en las que algún día me perdería. Pero nunca pude volar. Así que mudé mi desgracia al bosque de la universidad y desde allí ejercí como testigo de nada. El sueño de mi infancia se fundió con las ganas de quemar cosas y eso hice, empecé a quemar cosas.

En ese tiempo éramos un puñado de sombras, una fábrica de incendios. Entonces nos veíamos en la fuente de al lado de la biblioteca a hablar durante horas, a fumar como si no pudiéramos hacer nada más, a emborracharnos con las monedas que juntábamos y a esperar la noche para regresar caminando a casa en medio del fuego. Aunque a mí no me gustaba volver a casa, de manera que me quedaba en casa de otros. No me arrepiento de no querer llegar a ver a un hermano sin piernas o todas las cosas que me recordaban a mamá. El día de su muerte está perdido en algún punto de mi cerebro con casi todos los demás recuerdos de ella. Perdidos como un avión atrapado en el triángulo de las Bermudas, como uno de esos aviones que nunca llegaron a su destino. Recuerdo que tras su muerte mi vida cayó en algún lugar del océano. No recuerdo muchas de las cosas que pasaron después, solo sé que mi padre y mi hermano se convirtieron en figuras distantes de las que

poco a poco me despedí. Con el tiempo, la idea de irme de la ciudad cobró cada vez más sentido, esos fueron los días por los que dejé la universidad. Conseguí un empleo de mierda y me fui a vivir con un amigo por San Alonso. Aunque era consciente de que el trabajo consumía la mayor parte de mis días y de que no podía hacer nada para evitarlo, me resistía a la resignación. Mis noches, en cambio, eran otra cosa. Me gustaba caminar solo desde el monumento del Caballo por toda la treinta hasta llegar al parque San Pío. Entonces me sentaba a esperar a que llegara alguien que me brindara un trago, me sentaba a fumar, a ver pasar la gente y recordar el nombre de las ciudades que recorría cuando niño.

Algunas veces no llegaba nadie y regresaba por el mismo camino hasta mi cuarto. Allí me encerraba a mirar al techo y a pensar en los viejos tiempos. Aquellos días lejanos en los que la vida me amputó el corazón. Luego vino Liza y los días adquirieron una velocidad insólita. Después vendría la noche del gran incendio y lo poco que quedaba se convertiría en cenizas.

Esta mañana no es igual a las mañanas en las que solía ser más pequeño. Cuando era pequeño me resistía a entender por qué los seres humanos no podían volar. Toda mi niñez se fue en tratar de hacerlo. Cuando era niño me veía en el libro Guinness de los récords como el niño volador. Ahora me veo como el pendejo más grande del mundo, justo al lado de la foto del tipo que pilotea una avioneta con los ojos vendados.

14

Una de esas noches besé a Liza por primera y única vez. Yo caminaba por la treinta y tres, y ella venía sola por ahí. Compramos unas cervezas y nos sentamos en una barda frente a la licorera. Hablamos de mi hermano, de la universidad, de los inviernos fríos de Minneapolis, de su trabajo con las niñas huérfanas de las que ya se había encariñado. Por aquellos días las clases en la universidad estaban suspendidas porque los comunistas se habían tomado la rectoría. Exigían matriculas más baratas y no sé qué más mierdas. A diferencia de mi hermano nunca me interesé en pelear por ninguna causa. Al fin y al cabo, hacía dos semestres había abandonado las clases y todo me importaba un culo. En cambio, Liza parecía estar al tanto, iba a las marchas y a los tropeles a tirar piedras y a insultar a los policías con su español chistoso. Llevábamos seis o siete cervezas cada uno. No éramos buenos amigos. Ella era la novia de mi hermano y a pesar de que verla era de las pocas cosas que me alegraban la vida, nunca fuimos muy cercanos, a decir verdad me intimidaba tenerla cerca. Esa noche, sin embargo, nos sentíamos muy cómodos. En cierta forma, algo nos unía y era muy grato estar allí sentados con los pies colgando. Liza era una chica muy popular, de las que todo el mundo saludaba. Yo, en cambio, era un accesorio más de la noche. Liza tenía el pelo largo y rubio y sus ojos brillaban más de lo normal. Mientras

ella trataba de explicarme la emoción que sentía cada vez que se enfrentaba a la policía, yo solo pensaba en besarla, en morder su boca pequeña. Supongo que las apuestas a mi favor no superaban las de un caballo que ha perdido sus patas. Pero nadie sabe a ciencia cierta qué extraños acertijos esconde el corazón de una mujer. No quiero sonar como un hijo de puta, pero me refiero a que, si Liza se había fijado en Óscar, quizá por esta noche yo tenía una oportunidad. Hay que tener muy mala suerte para no acertar nunca con una moneda de solo dos caras. Y, para mi sorpresa, después de quince cervezas Liza me invitó a su casa y me besó. Cuando se quitó la ropa no era más que un cadáver tendido boca arriba en la cama. No tuve más opción que arroparla, recoger mis cosas y salir a perderme de nuevo en la noche, desplazándome con cuidado para que mi corazón no tuviera que soportar los golpes de la realidad. Para no estrellarme como esos aviones de papel que jamás logran su primer vuelo.

15

Alguna vez hice una lista de los lugares que visitaría cuando escapara de la ciudad. Lugares lejanos que sacaba de las enciclopedias y en los que me refugiaba como si las manos en los bolsillos no fueran siempre una segunda casa. Ulan Bator-Mongolia, Nom Pen-Camboya, Jartum-Sudán, Umpalá-Santander. Lugares donde echar el ancla en el naufragio. Lugares que no visitaría nunca porque la tristeza de las dos de la tarde se me había metido en los bolsillos como arena. Desde que dejé la universidad y conseguí trabajo, me alimentaba de la mermelada espesa que es el aburrimiento y la derrota que se esconden en cada palabra que te cuentan. Sin embargo, a veces tu radar capta señales que no pasan desapercibidas. Un día recibí la llamada de una chica que se quejaba porque, a pesar de que el sonido de su televisor era perfecto, no había imagen alguna. La pantalla estaba sumida en una oscuridad silenciosa. Pedía que le enviaran un técnico cuanto antes. Lo pedía a gritos. Como si necesitara reconocerse detrás de la pantalla. Lo cierto es que su voz me sonó hermosa y, en contra de los manuales de todos los centros de atención telefónica del universo, decidí llamarla al otro día. Era alérgica al removedor de uñas, y al olor a guardado, y a la leche entera, y a la leche deslactosada, y a los vendedores puerta a puerta, y a los buses, y a los trenes, y a las verduras, y a viajar, y a una de cada dos personas. Era una de esas chicas que no salían de casa y pasaban su vida viendo la televisión y pidiendo domicilios. Por una suerte

de extrañas circunstancias, yo le caí bien. Me invitó a su casa a ver un programa de manualidades. Uno de esos programas en que te enseñan a decorar tu casa para Navidad con basura y baratijas brillantes. Iba todos los días a visitarla después del trabajo. Vivía sola. Era alérgica a su papá, pero no al dinero de su papá. Su madre había muerto en un accidente aéreo hacía muchos años. Nunca había conocido a nadie que hubiera muerto en un accidente aéreo. Aunque he subido a muchos aviones, técnicamente nunca he despegado del suelo. Hacíamos el amor con todas las luces encendidas porque la oscuridad la enfermaba. Jamás usaba zapatos porque no le gustaba usar zapatos. No me dejaba besarla. Se llamaba Helena y le gustaba que mordiera sus pezones. Pasábamos horas enteras viendo documentales de animales y programas de cocina. Pasábamos horas soñando con incendiar la ciudad y ver arder cada uno de los parques de este basurero que nos había robado el alma. Algo entre ella y yo nacía de las cenizas del tedio que esta ciudad nos producía. Un día le propuse huir juntos, pero era imposible. A Helena le sobraba vida y cuando no veía la televisión estaba esperando a que volviera la lluvia. El calor era una víbora albina. Y la lluvia, un espejismo lejano. A la chica que odiaba el sol le sobraban todos los días y solo quería desvanecerse un día. Quizá ella me haya enseñado más que todas las personas que han tratado de enseñarme algo, más que todas las enciclopedias, que todos los mapas, que todos los diccionarios y palabras. Quizá lo más importante que aprendí de ella es que no todas las piezas de un rompecabezas deben encajar a la perfección. Que todos quieren ser piezas diseñadas para el recuerdo y que es mucho mejor ser un avión que un tren.

16

Un día Helena ya no te abrió la puerta y canceló su suscripción a la televisión por cable y no volviste a verla nunca ni tampoco a pensar en ella. A excepción de mañana en la noche, cuando te encuentres en el parque que está justo en frente de la Alcaldía, con una botella de gasolina en la maleta y unas ganas jodidas de huir a alguno de esos lejanos lugares en los que pensabas cuando eras niño. Sin duda algo allá adentro, cerca de tu corazón temblará un poco. Es ahí cuando descubres que te sumerge un inmenso deseo de llorar.

17

¿A dónde ibas después de la escuela? ¿Qué hacías después de que los niños de tu curso te gritaban cosas a la salida? Caminaba por la treinta y tres y luego corría por una montaña al otro extremo de casa. Era muy duro mientras subía, pero una vez arriba llegaba al cementerio y a la pequeña iglesia de techo azul que miraba desde abajo, me sentaba junto a la tumba de mi mamá a ver la ciudad y a pensar en el día en que pudiera quemarlo todo. Desde arriba podía divisar el estadio y la universidad. Podía ver los edificios que ya empezaban a crecer cerca a los cerros. Veía el viaducto y los autos que pasaban a gran velocidad, y pensaba en la gente que se lanzaba desde allí los viernes en la noche. En las caras de esa gente. Me gustaba entretenerme buscando nombres entre las pequeñas lozas de mármol que se extendían ante mí como un alfabeto interminable. Había un niño al que un camión atropelló mientras intentaba cruzar la autopista y al que su familia venía a visitar todos los jueves. Su madre era una buena mujer. Cuando venía me traía caramelos y galletas. Un día empezó a llamarme como a su hijo. Su cabeza era una cosa rara, pero me gustaba que me trajera cosas y que me sobara la cabeza cuando llovía. Otras veces me sentaba a hacer mis tareas mientras asistía de lejos al entierro de alguien. Me sentaba y miraba. Me sentía como si nunca tuviera que volver a casa. Simplemente estaba ahí sentado, contem-

plando las caras de la gente y sus ropas y la forma en la que lloraban y las palabras que pronunciaban, imaginando que también somos un poco toda esa gente que nos quiere muertos.

Mis ojos iban y venían de la gente a mis cuadernos, y deseaba más que nunca tener unas zapatillas de tacón muy alto y pintarme los labios de rojo oscuro y rociar el mundo con gasolina. Cuando oscurecía y los visitantes se marchaban, una rata gigante mordisqueaba mi pecho. La ciudad brillaba allá abajo con la tristeza de siempre. Una tristeza hermosa, como la belleza del esmalte de uñas deteriorado, como el encanto de las luces de Navidad que aún cuelgan de la pared, como la hipnótica música de un revólver. Entonces venía la bajada, y no era una bajada muy distinta a la de la cocaína. Regresaba mirando lápidas grises sembradas en el césped verde. Regresaba con una mueca torcida porque nadie me extrañaba. Abajo se encendían luces de todos los colores mientras algo se apagaba aquí adentro, mientras los nombres de los muertos sobre los que caminaba se convertían en mis mejores amigos. Ahora pienso que quizá era demasiado joven para todo eso. Aunque, si lo pienso más detenidamente, a lo mejor nunca eres demasiado joven para estar muerto.

18

Que yo pilotee mi vida es un claro error de apreciación. Lo cierto es que casi siempre gastaba lo poco que tenía en alcohol y en cocaína. El juego consistía en estrellarme contra todo. Lo pasaba mal. Me quemaba el culo con un trabajo de mierda y el recuerdo de mi madre atizaba el fuego que amenazaba con quemarme por dentro hasta extinguirme. No recuerdo cuánto tiempo llevo sin ir al trabajo, y no me importa. Así que por ahora solo necesito un poco de suerte. Recogí todas las fotos que teníamos juntos mamá y yo y las quemé en la chimenea. Sería algo muy especial si al menos tuviera chimenea, o conservara fotos junto a ella. Tengo un montón de ideas e imágenes en mi cabeza, y la mejor palabra que puedo pensar es desastre. Mamá murió hace años y lo que más recuerdo de ella son las várices de sus piernas. Dentro de poco abriré la puerta y correré más rápido que los autobuses en la mañana o los niños que juegan al tin-tin corre-corre, y no volveré jamás. Hay un par de fantasmas que me socorren, unas ganas tristes de destaparme la cabeza de un martillazo y una caja de fósforos en mi bolsillo. La mitad de mi vida despega sin mí, mientras pienso palabras estúpidas y me muero. Solipsismo, paramnesia, plañir, crepitar, suputamadre. Estoy haciendo lo que puedo.

19

Qué más da de dónde vengan nuestros recuerdos. Adentro es mejor que afuera. Estrellarse en el pavimento no es lo mismo que en la nieve. El cielo es mejor que el mar. Estar vivo es mejor que estar muerto. Hasta mi madre sabía eso. De a poco, el calor borró los recuerdos de todos, convirtiéndolos en ceniza, dejándonos solos. Abandonados a nuestra propia suerte. Siempre fui de pocos amigos, pero con los que tenía me bastaba. Éramos una suerte de familia disfuncional que acometía los actos más desvalidos contra cada pared, contra cada calle, contra cada ventana de aquella ciudad que odiábamos pero que al mismo tiempo nos pertenecía. La noche en que murió Steven es una de esas noches en las que hubiese preferido estar adentro. Caminábamos borrachos después del trabajo. Íbamos a casa de su novia, y de pronto ya no estaba. Se fue. Se apagó como se apagan las mejores cosas en la vida.

Steven y yo siempre fuimos muy amigos. Lo consideraba casi un hermano, teniendo en cuenta que él y Óscar eran inseparables. Uno de esos casos en los que la vida de dos personas se cruza para siempre. Óscar era el motor y Steven las alas de ese aparato descompuesto que los movía por la ciudad sin la menor gota de sudor a pesar del calor. Steven fue, a decir verdad, quien reforzó la idea que cambiaría mi vida para siempre. Él diseñó, desde su risa escandalosa y sin saberlo, el túnel

de escape de mi vida. Si yo fuera el que quemara esta malparida ciudad, no dudaría en incendiar la Alcaldía, dijo con su voz de punk feo. Con esa voz gangosa con la que me respondió que sí cuando le dije que ya no camináramos más, que detuviera un taxi. Esa misma voz atropellada que retumba en mi cabeza cuando paso por el lugar en el que lo escuché por última vez. Creo que mi hermano nunca me perdonó que caminara con Steven por la calle borracho sabiendo de su magnetismo hacia la carretera. A veces tengo la certeza de que aquella noche él lo sabía, que tenía que ser yo quien presenciara su muerte, él quería que fuera yo y no mi hermano quien estuviera ahí en medio del caos, resistiendo a mi manera, escupiéndole a las olas.

Quizá no sé de dónde pueden venir mis recuerdos, quizá no sepa nada. Ni del calor, ni de por qué esta ciudad se haya empecinado en separarme de lo que soy. Sin embargo, la pregunta sigue siendo la misma porque la enfermedad sigue siendo la misma, y a nadie le interesa qué mierdas estás metiendo para frenar el avance irremisible de los días. Iba a quemar la ciudad y empezaría por la Alcaldía. Porque, desde no sé dónde, Steven se cagaría de risa y me lo agradecería. No tengo idea de dónde vienen mis recuerdos. Por aquellos días la ciudad ardía. Steven había muerto. El último vínculo que tenía con mi hermano se había roto. La policía había matado a un tipo de Ingeniería Mecánica en un tropel. Las cosas por la universidad estaban a punto de estallar y Óscar y Liza se encontraban en medio de todo. El calor insoportable nos hundía en la desesperanza. Las cosas no iban bien en el trabajo ni en ninguna parte. Los sueños habían vuelto y mi cabeza era

un abanico de indecisiones. De todas formas, era consciente de que había que guardar cierto orden. Me refiero a un orden de prioridades. Fue así como decidí arrojarme al vacío que esta ciudad me ponía enfrente, fue así como decidí dejarlo todo para arrancar el viaje crucial de mi existencia. La única forma posible de reivindicarme con mis muertos. Nunca pensé que tuviera que mirar a la cara de tantos fantasmas y ahora era mi turno. La ciudad era entonces un espejo en el que me reflejaba después de muchos años, como quien regresa de un naufragio y no reconoce su nuevo rostro. Yo habría de afeitarme y dejar mi pasado al borde de la carretera, junto a la estrella negra que señalaba el punto exacto en el que Steven murió.

Todo esto puede sonar muy estúpido. Lo sé. En cualquier caso, aunque hay un millón de maneras distintas de arreglarlo todo, yo escogí el fuego. Estos no son los días de lluvia en que solíamos ser más felices. Llegaron los días de nuestros muertos, de los que aparecen en nuestras canciones. El fuego de todos los incendios puede estar contenido en el fuego de un solo fósforo. Si me preguntas, te diré que no me gustaba mucho como estaban las cosas, que debía acabar con todo de cualquier manera. Acabar conmigo por dejarme morir del aburrimiento, por dejar morir a mis amigos, por no soportar el olor a guardado de mi ropa. Saldría a ponerle fin a todo. No sé muy bien en dónde se fabrican los recuerdos. Los incendios, en cambio, nacen en la región más feliz de nuestro deseo. Recuerdo la primera vez que quemé algo grande. Un potrero solitario que estaba cerca de mi casa. Mierda que ardía ante mis ojos y que configuraba un territorio nuevo en el que mi existencia se perdería para siempre.

No quería ser el dueño de una mirada escrutable, me quería vestir con las ropas de mi madre y echar a correr. Solo quería saltar de un avión y no tocar el suelo nunca. Caer indefinidamente. No puedo salir de aquí. Nadie puede sacarme de aquí. Las ventanas son negras. Las paredes son de hierro. El ascensor está descompuesto y las escaleras van desde el sótano hasta el techo sin detenerse aquí. Ahora puedes dormir. Duerme tranquilo como un punk muerto sobre la autopista, como un niño asesinado por la policía, como un loco que le da la vuelta al mundo en ochenta días. Ya quisiera yo poder avisarte cuándo debas despertar.

20

A los once años y tras escaparse de casa para enrolarse en un barco que zarpaba a la India, Julio Verne fue reprendido por su padre, quien le hizo prometer que no viajaría más que en sueños. A los once años uno tiene las manos pequeñas y la mirada de un calamar gigante que quiere verlo todo, conocer todos los mares, ser el capitán nadie, ser el alma de un Nautilus poderoso, descubrir lo que seguramente los hombres descubrirán algún día, saber que la última maravilla siempre será la más sorprendente. Quizá sea a los once años donde la vida se sacude oscuramente de su sueño de piedra, sin desprenderse de su tosco punto de partida.

Me gusta repetirme esa historia, desde que la leí por primera vez no he dejado de sentir una profunda fascinación por Verne y cierto desprecio por mi padre.

21

La tristeza de un hermano es la tristeza de otro hermano. La traición de un hermano no puede conjurarse nunca. El destino quiso, por ejemplo, que fuera Orville y no Wilbur Wright el que pasara a la historia por lograr el primer vuelo. Supongo que al principio soñaba con pilotear un F-16 y dar vueltas en el aire y oprimir el botón de eyección automática justo antes de estrellarme contra la realidad. Ahora sé que la historia sigue su curso. He asumido todo sin hacer demasiadas preguntas. Sin embargo, creo que alguien debe hacer algo al respecto. Traicionar a un hermano no es lo mismo que traicionarte a ti mismo si tu vida no tiene sentido alguno. No vas a pasarte la vida haciéndote el listo. Un día besas a la novia de tu hermano y otro sencillamente incendias una ciudad entera. ¿Puedes creer que el chico de la silla de ruedas fue quien me traicionó? Por esos días, la vida consistía en ignorar a papá; mamá era ahora un fantasma que iba y venía por temporadas mientras él insistía en hacerse el muerto. Una sombra que se diluía en nuestras vidas como si nunca hubiera existido. Por esos días, la vida de cada uno tomó rumbos diferentes. Mientras yo pasaba mis tardes en el cementerio, junto a la tumba de mamá, revisando desde la distancia el movimiento de la ciudad, mientras empezaba a vaciar mi vida en cada uno de los libros que robaba en casa de mis amigos, o de la librería que quedaba cerca a la Goberna-

ción, mientras yo soñaba con el día en que pudiera irme de aquí para fabricar mi enciclopedia personal, mientras yo esperaba atento la señal de partida, mientras eso sucedía, Óscar se convertía en un remedo de mi padre, releía sus viejos libros, soñaba con la URSS y con Cuba y con la momia de Lenin y con secuestrar un avión con dos bombas en la mano. Ese día, el día en que mi hermano perdió sus piernas, el día en que se escondió en el tren de aterrizaje del avión que le amputó la posibilidad de correr cuando fuera necesario, Óscar me arrebató las ganas de irme de aquí, porque a pesar de que la vida insistiera en patearnos de diferentes formas no iba a abandonarlo, no iba a dejar que la vida se limpiara el culo con nosotros.

Paradójicamente, ahora es él quien me abandona. La traición de un hermano es la traición de la vida, una de esas cosas de las que uno no puede olvidarse nunca. Si bien después del accidente Óscar perdió las ganas de irse, de vivir, de estudiar, de amar; las cosas en su caso obedecieron a esa profunda convicción de querer cambiar el mundo, y, con sus piernas o sin ellas, no iba a renunciar a la tarea de seguir adelante con todo aquello en lo que creía. La idea de irse de aquí dejó de quitarle el sueño. Se matriculó en la universidad, hizo nuevos amigos, hizo una vida sin sus piernas. Yo en cambio me dediqué a perder el poco valor que me sobrevivía. Si hubiese sido consecuente con la vida, ahora estaría en la universidad disparando con una pistola a los niños de papá, a las chicas lindas de primer semestre, a los empleados de mantenimiento y a las secretarias y a los profesores y a los que jugaban parqués en el bosque y a

toda esa gente que llenó mi vida de nada. Pero no. Jamás tuve las agallas suficientes para disparar un arma y creo que jamás las tendré. El fuego, sin embargo, es un asunto de cobardes y en eso, estoy seguro, nadie puede arrebatarme el primer lugar.

23

Desde que mi hermano perdió sus piernas he empezado a tener sueños extraños. Mi hermano perdió sus piernas a los quince años. Cuando me avisaron no lo creí. Simplemente salí a caminar por ahí hasta bien tarde. A pensar en qué haríamos ahora. Pensé en ello con absoluta seriedad. Mi hermano perdía sus piernas y yo me preguntaba quién le limpiaría el culo ahora. Nunca hubiera sido yo, por supuesto. No hay gran cosa que contar. A veces pienso detenidamente en mis piernas, en lo que sucedió con mi hermano, en cuando las cosas se torcieron y lo perdimos todo para siempre. Afortunadamente no todo es tan malo, para cada uno de nosotros significó algo diferente. Sin embargo, en lo que todos coincidimos es en que era mejor perder las piernas que las manos. A veces me he sentido como un puto desalmado. No hubiera tenido ningún reparo en que alguien limpiara mi culo de ser necesario. Pero no me gustan los culos ajenos. Por eso algunas veces me siento un imbécil despiadado. Porque tengo mis dos piernas delgadas y peludas esperando por mí allí abajo, porque puedo echar a correr cada que me da la gana. Sin embargo, ahora que es él quien se va de aquí, quien se larga corriendo a pesar de que sus piernas son el remedo de algo que fue, ahora que él se va y yo me quedo a ver cómo aterriza más y más mierda sobre mi vida; estoy seguro de que mis piernas son solo una excusa para seguir

anclado a la misma pista donde aterrizó mi vida hace ya tanto tiempo. Cuando busco en el mapa el puntico que señala Minneapolis siento que mi corazón ha empezado a desprenderse y es ahí cuando todo se hace sombra.

24

Para secuestrar un avión se necesitan más que agallas. Un hombre con dos bombas en la mano puede llegar a ser lo más triste del mundo si no cuenta con un poco de inteligencia. En aquellas tardes en las que éramos niños nos gustaba colarnos a los hangares y subirnos a las avionetas descompuestas que permanecían sepultadas en los talleres. Pedazos de chatarra que nadie vigilaba y que dieron forma a nuestros juegos de infancia. Desde niño soñaba con ser D. B. Cooper, el rey de los cielos, el único hombre capaz de secuestrar un avión y lanzarse al vacío en pleno vuelo sin dejar rastro después de cobrar doscientos de los grandes. Óscar se sentaba en la silla del piloto y yo lo amenazaba con mis dedos en forma de pistola. Lo obligaba a volar a cualquier lugar del Oeste. Entonces abría la puerta destartalada y saltaba al vacío de mis ocho años como quien quiere escapar de su propia sombra mientras Óscar continuaba sentado en la silla del piloto, con el timón en la mano, sin decir nada, como dirigiéndose a ese lugar en el que su vida iba a estrellarse años más tarde. Ese lugar del siniestro en el que él sería el único sobreviviente.

25

Cuando tenía ocho años una tía que vivía en Estados Unidos me regaló para navidad un avión a escala. Un Messerschmitt Bf 109, la espina dorsal de la fuerza de cazas de la Luftwaffe alemana durante la Segunda Guerra Mundial. Dios sabía que yo era un niño bueno. Cuando me obligaban a ir a misa en el colegio, sabía que las oraciones estaban equivocadas, cuando papá miraba el retrato de Stalin que adornaba la sala yo sabía que él también estaba equivocado. Cuando jugaba con mi pequeño avión sabía que Hitler y los judíos y que incluso yo mismo estaba equivocado. Pero evitaba mirar hacia arriba porque no se me había perdido nada en las estrellas, todo lo que tenía estaba regado por el suelo. Cuando papá vio la esvástica en el pequeño avión con el que me entretenía mientras él no estaba, cuando se dio cuenta de que ese juguete representaba todo lo que más odiaba en la vida, no dudó un segundo en destruirlo. De todas formas, papá era un hombre justo. Puede que no sea verdad ahora, pero si me preguntas a mí, te diré que por ese tiempo papá parecía un hombre justo. Entonces, uno de esos días en los que salía a trabajar desde temprano lo sentí entrar en nuestro cuarto y en el silencio de la madrugada dejó un sobre en mi mesita de noche. Nunca hablamos del tema. Nunca le he dicho lo que esas trescientas láminas con figuras de aviones de todos los modelos significaron para mí.

No quiero más recuerdos de los que pueda pilotear con una sola mano. Puede que solo esté dando vueltas en círculo antes de estrellarme con la nada, pero no creo que tú puedas hacer un aterrizaje mejor. Mi padre ha pasado toda la vida escondido tras la misma sombra de aquella mañana sin encontrar a nadie que le diga qué es lo que ha debido hacer. Ha pagado su boleto en segunda clase y ha cerrado los ojos esperando estrellarse en Siberia. Nueve millones de soldados nazis murieron en el frente oriental y mi padre no pudo soportar la imagen de su hijo que jugaba a destruir lo poco que conocía con un cazabombardero de juguete. El cielo hacía muecas aburridas por entonces. Supongo que la justicia es eso de lo que Stalin se reía cuando se peinaba los bigotes.

26

En este sueño no llueve. Esta vez el hombrecito de las gafas negras va sentado a mi lado en un avión. ¿En qué lugar del mundo te gustaría estar justo ahora? Pregunta sin mirarme. En realidad, no quiero estar en ningún sitio. Se trata más bien de lo que quiero ser. ¿Y qué eres ahora? Nada. Una especie de globo aerostático que se desinfla a los tres mil metros sobre el nivel del mar. El hombrecito de las gafas negras me pasa un papel en donde claramente puedo leer: "Tengo una bomba y la usaré de ser necesario". No me da miedo. Me asomo por la ventanilla y abajo puedo ver con claridad la forma de esa ciudad de la que he querido escurrirme desde siempre. Esa geografía intrincada que se retuerce como una serpiente que no quiere mudar la piel. Pienso en lo bueno que sería explotar sobre esa meseta rodeada de montañas. En lo divertido que sería que los restos de mi cuerpo llovieran sobre sus calles. Sin embargo, no pierdo de vista la salida de emergencia. Al voltear, el hombrecito ha desaparecido y en su lugar mi madre ojea una revista que anuncia destinos maravillosos, una de esas revistas que papá llevaba a casa y que me negué a leer para no seguir alimentando la bestia herida de mi frustración. Mamá insiste en que vea la imagen de un hombre sonriendo junto al cadáver de un rinoceronte. No quiero soñar con rinocerontes muertos, no quiero permanecer atado a esa silla mil años mientras el hom-

brecito de las gafas negras entra a la cabina del piloto con su maletín en la mano. En cualquier caso, ¿qué más da? ¿Por qué no detienen a los hombres que cazan rinocerontes blancos en Uganda en vez de meterse conmigo? Esta vez el hombrecito de las gafas oscuras parece haber abandonado su objetivo porque al despertar cada parte de mi cuerpo se encuentra en su lugar. El fantasma de mi madre se ha desvanecido. Quizá los daños sean irreversibles.

27

De alguna manera, todo lo que pueda contar va a sonar extraño, porque a decir verdad yo también odio los detalles. Puede que a veces los recuerdos me sobrepasen, incluso puede que todo esto sea producto del aburrimiento y del clima. Que todo sea culpa de la incapacidad de amar. A pesar de que la ciudad se moría del tedio, nos dedicábamos a encontrar formas para burlar a la locura. Si te sientas a recordar todos los lugares en los que has estado, cada uno de los sitios en los que te has escondido, cada una de las mujeres que has amado, cada una de las tormentas de las que te has librado, no te alcanza la cabeza para sentirte peor. No me gusta pensar en eso, pero justo ahora que una tormenta de arena se acerca, creo conveniente decirme las cosas. ¿Huirías conmigo si te prometo que olvidaré todo? Estoy solo cuando llueve, estoy solo cuando no llueve, estoy solo sentado pudriéndome del calor y la gente me mira como si llevara alguna maldición dentro o una bomba escondida. Por la época en la que aún tenía sueños, por los días en los que aún soñaba con vestir mi traje negro y mi gorra de capitán y mis alas en la solapa descubrí la fuente de la biblioteca y la biblioteca de la ciudad. Esa fue mi maldición. Entonces me sentaba a leer durante horas y a ver pasar el tiempo como quien ve pasar una carroza fúnebre. En la fuente de la biblioteca me convertí en lo que soy. Allí conocí a mis amigos, conocí la

cocaína, conocí la noche y conocí el amor. Fue justo ahí en donde empezamos a quemar todo lo que nos llenaba de rabia. Lo que hacía que odiáramos esta ciudad como nos odiábamos a nosotros mismos. Quemamos los corazones solitarios de las putas del centro, quemamos nuestros brazos con colillas encendidas, hicimos enormes fogatas en las canchas de fútbol de Real de Minas, en donde antes estuvo el aeropuerto, y saltamos sobre ellas hasta que la policía nos ahuyentó con disparos al aire, incendiamos mil veces las puertas de los conciertos a los que fuimos, prendimos fuegos conmovedores en las casas abandonadas, pequeños fuegos con los que nos protegimos del frío y de las ratas, jugamos a imaginar el día en que esta ciudad ardiera para siempre y borrara las huellas de nuestras manos pintadas en sus muros blancos y en sus iglesias blancas y en sus colegios blancos. En la fuente de la biblioteca soñamos con incendiar esa misma biblioteca que nos daba asco, a la que solo entrábamos a robarnos el vino barato de las exposiciones a las que nunca nos invitaron. Tuve pocos amigos, pero la pasé bien. En el fondo, solo quisimos ser un grupo de miserables que un día salieran mal peinados en la portada del periódico local. No quisimos cargar con la responsabilidad de un millón de personas esperando nuestro próximo movimiento. Teníamos el corazón vacío y ningún plan para el futuro. Cada uno de nosotros tenía su propia forma de hacer las cosas. Una vez conocí a una chica que escribía poemas y tenía una boca grande. Tenía doce años y las pecas de su cara me ponían los pelos de punta. A veces, cuando no tenía a dónde ir, me dejaba dormir en su casa sin que su

mamá se diera cuenta. Entonces entraba sin hacer ruido y pasaba días escondido alimentándome de los restos de comida que la niña me guardaba. Escuchaba a su madre leer la Biblia mientras pensaba en la mía. Podía adivinar su estado de ánimo detrás de las paredes. Podía escuchar cuando lloraba, cuando sonreía en la intimidad de su habitación, cuando se tocaba y jadeaba un celo triste. Un día entró al cuarto y sin la menor muestra de temor me miró a los ojos y me preguntó si quería café. ¿No te jode la soledad? Preguntaba. Yo prefiero a Dios, decía. El error más común, lo que de verdad no se imagina la gente, es que las cosas nunca te pasan a ti, aseguraba. En realidad, las cosas iban a toda máquina, sucedían a mi alrededor sin que pudiera hacer nada. Una vez insistió en que me acostara a su lado y fingiera ser su esposo muerto. Me abrazó por la espalda y empezó a insultarme mientras lloraba. Yo no tenía idea de qué estaba pasando, no sé por qué extraña razón aquella escena me llevó a pensar en mi padre. En la vez en que me hizo saltar a una piscina sin saber nadar y me dejó ahí solo, ahogándome en mi propia vergüenza. Quizá por eso prefiero volar que nadar. El caso es que uno nunca está preparado para algo así. Me bebo mi cerveza y me voy solo a la cama. Punto. Prefiero vagabundear por la calle que escuchar el llanto de los demás. Escupo mis oraciones en silencio y salgo a patear cosas por ahí. A quemar el poco amor que me queda. Estoy solo en la calle sentado en la fuente de la biblioteca. Estoy esperando a que algo pase, pero nada pasa. Bebo una cerveza y espero a que un aguacero inunde mi corazón seco. Cuando se fue la lluvia, algunos hicieron como si nada, otros

huyeron a las casas de sus padres y nosotros corrimos la peor suerte. Hace días no sé nada de nadie, espero poder entender de qué se trata este asunto, por qué la vida insiste en llamarme con otro nombre, abrazarme por la espalda y echarse a llorar como una mujer piadosa y herida. Un día la niña de doce años ya no vino más por la biblioteca y un tiempo después la vi en el periódico, había una foto suya recibiendo un premio intercolegiado de poesía, y junto a ella estaba su madre vestida de negro y sonreía orgullosa. Uno no está preparado para esta clase de cosas. Pero, con todo y eso, aquellos fueron algunos de los días más felices de mi vida.

28

En julio del año 64 Roma ardió por cinco días. La historia oficial indica que, motivado por un capricho insano, Nerón envió a un grupo de hombres a incendiar la ciudad, mientras observaba todo desde la torre de Mecenas, a la vez que cantaba y tocaba la cítara. Después se desató por todo el imperio una gran persecución en contra de los cristianos. Cuando uno de ellos era atrapado, lo crucificaban y le prendían fuego para que sirviera de iluminación nocturna.

Me gusta abrir los ojos y mirar la ciudad allá abajo, todas esas luces que aterrizan sobre la incertidumbre de no saber qué hacer. Recorro mentalmente la treinta y tres, bajo por la cuarenta y ocho y tomó la veintisiete hasta llegar al Caballo, allí miles de sombras celebran la llegada de la noche. El Caballo es tan solo la imagen de un prócer demacrado, la lánguida figura de un padre ausente. Todos mis sueños se desvanecieron justo ahí. Me gusta imaginar a los tripulantes de esa noche pálida, me gusta hacerlos arder en mi cabeza como antorchas humanas. Luego cierro mis ojos y los recuerdos se hacen humo en el gran incendio de mis días.

29

A veces piensas en lo duro que es estar sentado allí todo el día. Otras veces imaginas en que todo pudo ser peor. A Liza la conociste después de una asamblea estudiantil. Después de soportar por horas los discursos de unos y de otros hasta que llegó tu turno. Entonces hablaste de no sé cuántas mierdas mientras una multitud te observaba y te aplaudía eufórica, mientras defendías el derecho a la movilización, mientras hacías chistes sobre tus piernas inexistentes y gritabas con fuerza lo de querer salir a las calles y protestar contra una farsa neblinosa que se tragaba todo. En esas estabas cuando la viste de nuevo. Sonreía y aplaudía y se veía emocionada de verdad. ¿Cómo amar una mujer que no conoces? ¿Qué hacer cuando nunca antes has amado y no te salen las palabras para decir miedo? ¿Cómo es que todo lo que dicen los médicos sobre idealizar y fracasar y acerca de sentir tus piernas como fantasmas no sirve de nada? ¿Por qué no levantarse y correr y abandonar todo como se abandonan los barcos que se hunden? Porque no te daba la gana. El miedo no iba a vencerte. Nada podía hacerte daño. Desde el espacio exterior el horizonte se ve hermoso, pero en la tierra todo es arena movediza y tus ruedas deben ser lo suficientemente fuertes para no hundirte. En realidad, fue ella quien vino hacia ti. Supones que tenía que ser así, de lo contrario, nunca habrías llegado aquí.

¿Querías saber si eras capaz de hablarle a una mujer? ¿Querías saber si alguna vez ibas a conocer el mar? Ahora sabes que todo es posible. La invitaste a tu casa y te besó. Ya está. Así son las cosas entre dos seres que se encuentran para siempre. Piensas. Ya no tuviste que esperarla ni buscarla. Crees saberlo todo.

¿Estabas preparado para tanto? ¿Para que la mujer que amas sea quien destruya esta ciudad desde adentro? Para abandonar lo poco que tienes por un par de piernas hermosas. Liza te hace el amor despacio, se sienta sobre tu silla de ruedas y te susurra al oído. Te cuenta cómo son las cosas del otro lado. En ese país que odias y que juraste nunca pisar. Te habla de sus días en las comunas anarquistas de Chicago, de aquel tiempo que pasó en California cultivando marihuana, de prótesis de titanio con las que seguramente podrías caminar de nuevo, de su vida junto a los hombres y mujeres con los que se ha cruzado y amado y luchado y perdido. Te besa despacio y te muerde las orejas. Aprendes a tocarla. Tus manos prodigiosas recorren su piel como quien fabrica espejos. Se encuentran. Ahora son pasajeros del mismo vuelo. Le hablas de tu madre, de cómo te gustaba escucharla hablar sola. De los días en que la acompañaste a morir. Le cuentas de tu padre, que te ayuda con todo, de lo valiente que fue cuando trataron de asesinarlo por rojo, de cuando tuvo que regalar todos los libros porque el ejército venía a revisar tu casa en busca de algo que lo incriminara. De su exilio en las montañas, del esfuerzo de tu madre para levantarte a ti y a tu hermano mientras tu padre se escondía. Y, por su puesto, le hablas de tu hermano, a quien consideras un estúpido por no sa-

ber correr a pesar de sus piernas, de que es el malnacido a quien más quieres en la vida, le cuentas de la vez en que juntos pretendieron escapar y tuviste miedo. Miedo de dejar esta ciudad que también odiabas. Miedo de ver lo que había detrás de esas montañas, hasta que un día decidiste ir por lo tuyo y corriste el riesgo solo y ahí estás, sin tus dos piernas en el lugar en donde deberían estar. Ella te mira como mordiendo tu pasado. No hay por qué tener miedo, dice. Te toma de la mano, se acuesta a tu lado y sueña con el día en que el mundo sea un mejor lugar para los dos. Hablan de revoluciones, de teorías, de conspiraciones. Miran el cielo y sueñan con cambiarlo todo y con canciones. Escriben una historia en las paredes. Ella empuja tu silla de ruedas mientras marchan y gritan consignas repetidas. En el funeral de Steven, te pide que le hagas el amor mientras lloras. Te cuenta que besó a tu hermano y no te sorprende porque así son, así deben ser las cosas. Cuando el Estado se derrumbe, las cosas hermosas que han pensado estarán ahí para todos. Un día piensas en que por ella dejarías todo y empezarías de nuevo. Nadie dijo que fuera fácil. Me refiero a correr, a huir, a tratar de querer a alguien, a matar las noches despierto, a no enredarse con las trampas del amor, a arrojarse sin paracaídas, a esquivar las bombas y tratar de averiguar qué putas pueden hacer los hombres sin piernas en medio de los bombardeos de la vida. Un día descubres que de verdad se aman. Entonces fantaseas con resistir y permanecer.

30

Creo que papá siempre me consideró un poco afeminado para la revolución. A mí no me importaba y seguía dándome puños a la salida del colegio con los que me gritaban maricón y no entendían que un niño feo puede ser cualquier cosa que desee. Un capitán de la SS, un piloto de un Hércules C130 o hasta su propia madre. Qué más da y qué importa. Un día la mujer que me confundía con su hijo en el cementerio no volvió más. Su familia tampoco. Lentamente la tumba se fue desfigurando hasta que el pasto a su alrededor la sepultó para siempre. Otro día encontré una botella de vino medio llena justo después del entierro de alguien, la tomé y escapé de allí andando sobre los cadáveres sepultados. Había flores de todos los nombres y colores. La tumba de mamá siempre estaba adornada con crisantemos rojos que compraba cuando venía a verla. Poco a poco dejé de subir al cementerio. Eso fue antes de todo. De perderme en estas calles y de Liza. Caminé sobre las lápidas y sobre las flores como Jesucristo sobre las aguas y salí corriendo de allí. Ahora sabía lo que era morirse dos veces, la muerte ya no me asustaba. Cuando llegué a casa borracho no había nadie. Encendí la televisión y me quedé dormido viendo el canal de animales.

31

Cuando un pequeño rinoceronte es amenazado por un depredador los adultos hacen un círculo para protegerlo. Me distrae imaginar ese círculo inexistente que envuelve mi vida. A veces quisiera apagar todos los incendios del mundo con el recuerdo de mi madre, con la poca esperanza que me queda. Luego todo pasa y las ganas de prenderme fuego como un monje budista se apoderan del ruido de mi cabeza. Los rinocerontes adultos no tienen depredadores naturales y, sin embargo, pierden sus cuernos cada vez que la muerte atraviesa las sabanas africanas. En realidad, no pienso en un círculo, pienso en un cuadrado. Una ventana desde donde es posible ver el cielo, el sol que decora ese cielo, los cazadores que se avecinan en una lenta caravana de miedo, las hienas que devoran la soledad del Serengueti.

Creo que hace un día maravilloso para que deje de actuar durante unos segundos la fuerza de la gravedad y salgamos todos despedidos hacia el espacio.

32

Después de que mamá murió lo único que podía preguntarme era si sería capaz de vivir sin ella o si algún día tendría las agallas suficientes para montar un rinoceronte. Un niño puede responder estas cuestiones. Más que cualquiera. La mayoría de la gente trata de esquivar estas cosas. De eso se trata el juego. De esquivar las preguntas que la vida te hace como una avioneta de exhibición que esquiva obstáculos en el aire. Yo extrañaba a mi madre y eso no iba a cambiar, aunque tuviera miedo. Los niños saben más acerca de cómo enfrentar el miedo que los pilotos de todas las avionetas de acrobacias y de todos los F-16 del universo. He pasado por la inteligencia, por la fuerza, por los libros, por la cobardía, por la muerte, por la risa, por la cocaína, por la luz, por la oscuridad; pero me he dado cuenta, a tiempo, de que el miedo es lo único que cuenta. Tú no sabes ni mierda sobre el miedo. Cuando un rinoceronte tiene miedo del cazador que lo persigue, cuando no puede embestir a su atacante, el rinoceronte huye a cincuenta kilómetros por hora. El valor es una mentira, el verdadero valor es huir. Por eso he tratado de largarme, de huir de tantas realidades que mi cabeza no entiende.

Puede que todo esto no sea más que la repetición innecesaria de otra historia contada por alguien más. Conocí a un tipo sin dientes al que no le dolía atravesarte el corazón de un escupitajo si era necesario. Estábamos sentados en la banca de un parque bebiendo y metiendo cosas, y cuando

se enteró de que vivía junto al aeropuerto y de que mi padre trabajaba allí me sentenció como quien oficia el desastre. Cualquier cobarde puede pilotear un avión, pero solo un cobarde de verdad puede secuestrar uno, me dijo. El viejo se quedó allí, a mi lado, durante un par de horas más, sin decir nada. Supongo que trataba de averiguar si yo era una de esas personas capaces de pilotear el silencio. Ya no tenía ganas de secuestrar un avión, nunca iba a secuestrar uno. Me entusiasmaba más la idea de ver explotar uno por los aires. Sé que a veces puede parecer que no tengo nada que perder, pero el miedo es una creatura seria. El miedo nos mueve. El caso es que el viejo de la banca resultó ser un farsante. Cuando le hablé de que me gustaba usar los vestidos de mamá y soñar con el mar, se levantó y se marchó. Su sombra era un rinoceronte acorralado que se extendía despacio en la vasta llanura de la tarde. Creo que cuando se fue seguí callado hasta que irrumpió la noche, luego compré un par de cervezas y caminé hasta el bosque de la universidad a ver a qué pasaba. Todo el mundo sabía que la situación no iba bien por allí. Que durante las noches los estudiantes hacían guardia para ver quién entraba y quién salía. Eso no era un problema para mí, pues en la universidad todos sabían quién era mi hermano y quién era Liza, y el bosque tenía siempre un lugar reservado para mí cada vez que regresaba a buscar problemas, y a pesar de eso algo muy adentro me enfermaba. La idea de que Óscar estuviera en problemas empezó a dar vueltas por mi cabeza y esperaba lo peor. Aquí no valía tener o no tener piernas. Creo que empezaba a temer por mi hermano y por Liza y por las pocas personas que aún me importaban. El miedo me sentaba bastante bien aquellos días.

33

Una lectura sensata de esta historia podría asegurar que aquí nunca pasó nada, que el aburrimiento era la constante. Que la ciudad era un aeropuerto de la desesperanza. Que aquí aterrizó el tedio y todos aplaudimos su llegada. Que todo estuvo mal desde el principio. Desde que uno empieza a juntar letras y a leer, desde que descubres que el amor es un juego que no le importa a nadie, desde ahí empiezas a perder. ¿Por qué me gusta repetirme lo mismo tantas veces? Por el aburrimiento. Porque estar aburridos era lo único que sabíamos hacer en esas tardes de las que hablo. Por eso todos se fueron, por eso, uno a uno, mis amigos se marcharon a empezar vidas nuevas lejos. No soportaron el hueco en sus estómagos y decidieron ir por lo suyo. Ese fue el principio del fin. Después fue todo lo mismo; vacíos que debían ser llenados. Montañas de cocaína, noches oscuras, desengaños enredados en el pelo de alguien, agujeros negros y dientes que se caían como aviones en las montañas. Todo esto me lleva a pensar en esos amigos míos que se fueron de aquí asqueados de lo mismo, autoexiliados de su propia sombra. Para algunos las cosas fueron cada vez mejor. Otros nos quedamos a escupir desde los puentes nuestro propio pasado. Cada uno se giró para su lado de la cama. Cada uno se murió sin despedirse y puedo decir con seguridad absoluta que a esta ciudad no le caen bien las despedidas. Cada vez

que un amigo se marchaba me gustaba subir al cementerio y desde allí gritar el nombre de mi madre. Sé que se escucha como la voz herida de un animal agonizante o como el lamento desproporcionado de un envidioso sin rumbo. La envidia nos carcomía por dentro cuando alguien partía. Sin la envidia esta ciudad no sería la postal de nuestras peores pesadillas. Yo también tuve las manos cansadas de decir adiós. Yo también tuve los párpados caídos después de cada borrachera de despedida. Yo también apesté por horas cuando alguien regresaba a contar lo que había visto detrás de estas putas montañas. Yo también estaba solo, e iba a quedarme solo para siempre como todas esas viudas y huérfanos y ancianos y señores de paso largo que recorrían esta ciudad de arriba abajo. Mi turno había llegado. Entonces lloraba y bebía cerveza y miraba la televisión y soñaba con un incendio que consumiera nuestros dolores de cabeza, pero no podía dar el primer paso, porque estaba aburrido. Porque como todos los que estábamos condenados a permanecer aquí, yo también era presa de un aburrimiento deforme, yo era el aburrimiento y nadie podría desbancarme nunca de mi lugar. Óscar y Liza querían marcharse también, pero ellos tenían su propia teoría y, claro está, yo tenía la mía, y la mía era que no quería pensar más en mis amigos ausentes ni en las cosas que yo ya sabía y que no quería recordar. Óscar y Liza adelantaban todo para escapar juntos de este vertedero. Porque irían por lo suyo en otra parte. Porque les pisaban los talones, así mi hermano no tuviera. Un día me preguntó si quería venir con ellos y yo le dije que no porque me pareció que era lo que quería oír. Dijo: eso

está bien. Después me pidió que me quitara las gafas y que le dijera que no quería irme con ellos mirándolo a los ojos; hacía días que no dormía y mis ojeras eran dos grietas profundas en mi cara, así que pensé que si me veía en ese estado volvería a insistir en que debería dejarlo todo y huir con ellos, y no me apetecía una mierda darle vueltas a lo mismo. Así que no me las quité y él no insistió. Después quedé solo de nuevo, bebiendo cerveza y viendo el programa de manualidades que veía con Helena. Era un programa asombroso. Esta vez enseñaban cómo hacer un portalápices con el rollo de cartón del papel higiénico. Fui al baño y faltaba mucho para que el papel se acabara así que renegué por mi mala suerte. Busqué lápices por toda la casa y no encontré ninguno. Después me quedé dormido un gran rato y cuando desperté vi en el noticiero un edificio que ardía porque un avión se había estrellado contra él, y mientras el periodista cubría la noticia otro avión apareció en escena y la fantasía era real, se estrellaba en directo contra la otra torre y un espectáculo maravilloso anunciaba un nuevo mundo.

Seguí la noticia todo el día. La imagen de un hombre que saltaba desde uno de los edificios en llamas se convirtió en una idea recurrente. Tenía que hacer algo grande. Probablemente una botella de gasolina y un encendedor sea la peor forma de incendiar una ciudad. Me pregunto por qué ningún programa de manualidades enseñaba nada que sirviera de algo. Sentado sobre la cama, mirando la televisión, cambiando de canal, viendo la misma noticia una y otra vez, deseando pilotear mi propio avión suicida, me di cuenta de que parte de

mi antiguo ejército me había abandonado, supe que estaba solo y que mi plan era el de un solitario que llora y ríe al mismo tiempo. Todas las personas que quise, todos los que alguna vez soñaron conmigo se habían ido, me habían traicionado o estaban muertos. No era que me hicieran falta, era más bien como algo que se apaga, un fuego pequeño que queda al final de una fogata y que de pronto ya no está y solo deja carbones rojos.

34

D.B. Cooper nunca fue encontrado. A pesar del gran número de pistas que se han hallado con el tiempo, nadie sabe de su paradero. El dinero del rescate nunca fue recuperado. Existen múltiples teorías de lo que pudo haber sucedido luego del salto, pero el FBI cree que Cooper no sobrevivió. Me gusta imaginarlo mientras camina en una playa solitaria, mientras moja sus pies en la arena húmeda y recuerda sus días de niño melancólico, esos eternos días en los que solía soñar con islas lejanas y con el mar. Óscar y yo también soñábamos con el mar, con sumergirnos en el agua tibia mientras papá y mamá nos miraban desde la orilla. A diferencia de todos, nunca viajamos en familia a ninguna parte. Nuestras expediciones familiares se resumían en pequeñas salidas a la feria o al circo cada vez que alguno pasaba por la ciudad. En honor a la verdad, mis padres eran buenas personas. Mi padre morirá algún día confundido como siempre y mamá es un recuerdo que no deja de venir. Un padre que lleva a sus hijos a la feria no puede ser un mal padre nunca. Así la feria fuera, sencillamente, la excusa perfecta para no morir de aburrimiento, para dejar de escuchar el incesante ruido de los aviones atravesando nuestras vidas de lado a lado. Mi madre también era una buena mujer. Nos preparaba hamburguesas los sábados en la noche y nos rascaba la cabeza mientras cantaba canciones viejas. Creo que ella suponía que rascarles la cabeza a sus hijos evitaría que acabaran secuestrando aviones o ahogados en los mares lejanos que ella jamás conocería.

35

Un día abro los ojos y me encuentro en la misma posición en la que recuerdo haberme dormido. No sé cuánto tiempo ha pasado, ni si estoy en uno de esos sueños o no. Porque mientras trato de incorporarme mi padre habla y habla, y no entiendo lo que dice. O más bien lo entiendo de otra forma. Creo que me fragmento, me extravío, mi cabeza forma laberintos, ecuaciones imposibles. Mi cabeza dibuja un abismo, me convierto en un abismo. En un avión que sobrevuela ese abismo. Me estrello y no me estrello ahí. Es imposible de explicar. Mi padre habla y habla. Mi padre tiene las orejas grandes y un dolor de espalda permanente que lo obliga a caminar algo encorvado. Tiene la piel de un rinoceronte viejo y es el presidente de un sindicato de trabajadores buenos para nada, el líder de un puñado de idiotas a los que no abrazaron lo suficiente cuando niños. Mi padre me mira y yo lo miro recostado desde su sofá sin entender por qué estoy tendido allí vestido con la ropa de mamá. Deja de doler. Dejo de sentir vergüenza. O miedo. El vestido de mamá me protege. Controlo el dolor. Mi cabeza dibuja jaulas, diminutos agujeros negros, redes que atraen a mi padre. Mi padre está sentado junto a mí en un avión. Mi cabeza es una mañana soleada. Abajo la ciudad arde mientras mi padre y yo fingimos no conocernos, sentados el uno junto al otro. Así funciona mi cabeza. Deja de doler. De pe-

queño aprendí a estar en varios lugares a la vez. La voz de mi padre es gruesa, sus manos y su corazón están destrozados por el cigarrillo y por la soledad. Yo lo sé. Me hago dueño del cielo que nos separa. El ruido de los aviones que vuelan sobre nuestro tejado es la música de nuestros mejores días. Ahí arriba el cielo que nos atormenta. Y ahí mi padre, la voz de mi padre que no me encuentra. Porque me disfrazo. Me escondo. Sé pasar desapercibido. Desde aquí puedo ver cómo sufre desde que lo abandonamos. Puedo ver cómo avanza, cómo se queja, cómo se pierde. Sus palabras son siempre las mismas. El discurso de alguien que no conoce la derrota porque nunca se dio cuenta de que la guerra acabó. De que el viaje acabó porque nos hundimos a toda prisa en un abismo oscuro. Como los vestidos de mamá. Como la música que lo envuelve todo. Miro las orejas grandes de mi papá, el pelo en sus orejas y pienso que en realidad puedo salvarlo, mientras mi padre habla y habla de sus viejas glorias conquistadas. De aquello que alguna vez fue. Del valor de las cosas que se usan. De que el trabajo dignifica al hombre. Por mi parte, ignoro hace cuántos días que no voy al trabajo. En el laberinto de mi mente las voces de todas esas personas que llaman al centro de atención telefónica son las voces de todos mis fantasmas. Trato de levantarme, no sé en qué momento me dormí de nuevo, debo correr al aeropuerto, a estas alturas Óscar y Liza deben estar entrando a la sala de espera. A Óscar tampoco le gustan las despedidas. Hago un hueco entre las palabras de mi padre y pienso. Debo alcanzarlos. Debo pegar mi nariz a la ventana de la pista de despegue y debo levantar la mano y murmurar una

despedida. La despedida de un tipo que no murió en un accidente. La despedida de una mujer que nunca supo por qué llegó a esta ciudad y no a Mogadiscio. La despedida de alguien que escribe en los andenes un diario imaginario. La despedida que repite como un mantra alguien perdido en un aeropuerto. Me gustaba vestirme como mamá, también soñaba con disfrazarme de piloto, me gustaba disfrazarme de superhéroe con una caja de pollo en la cabeza mientras revoloteaba de aquí para allá en los interminables días de la infancia. Papá por fin se ha desvanecido. Espero que no sea tarde para ver morir esta tristeza.

36

Un día las cosas estallaron del todo. La universidad se sumió en un ruido constante. Yo iba al bosque a fumar y a jugar parqués hasta la madrugada sin que me importara lo que pasaba afuera. Pero un día ya no hubo afuera y las cosas se pusieron duras. Cuando la policía mató a Jaime, nadie dudó en arremeter contra ella como se pudiera. Un día todo cambió y se pudrió para siempre. Sucedió de un momento a otro. Ya no era seguro siquiera caminar de noche por la calle. Ya no podíamos tomar cerveza sentados en los andenes y en los parques porque la zozobra de la muerte era evidente. Las camionetas de vidrios oscuros pasaban amenazantes y cuando eso sucedía uno entendía que era mejor irse. Y nos marchábamos, no sin pensar en que esta vez teníamos algo que ver. En que debíamos hacer algo. En que podríamos perderlo todo. Porque las canciones que escuchábamos, las películas que veíamos, los sueños que soñábamos nos hacían pensar que por primera vez podríamos ser nosotros los que ganaríamos algo. En la vida como en las canciones uno solo pelea por lo que le duele y a mí no me dolía nada. Pero me gustaba quemar cosas y huir.

Por alguna razón, recuerdo mis malas decisiones con mucha más intensidad que mis buenas decisiones. Algunos podrán decir que equivocarse es muy fácil, pero puedo dar fe de que hay que esforzarse bastante para

ser un cretino. Por esos días, nada era tan importante como Óscar. A pesar de que no lo veía nunca, era quizá lo único que me ataba a la tierra, a esta ciudad de mierda. La imagen de Óscar sobre Liza se estrellaba en mi cabeza cada noche, cuando me tocaba pensando en ella antes de dormir. Puedo decir que hay cosas que no son importantes, que Dios no es tan importante, que alguien que sienta fascinación por el fuego ignore lo que es la combinación acertada de todas las formas de lucha es una estupidez; pero que tu hermano sin piernas sea golpeado por la policía un día y que su novia gringa sea manoseada por un par de cabrones, eso en cambio te hace arder la sangre y querer secuestrar un avión y estrellarlo contra la puta cabeza de todos.

Todo el mundo sabe que los vagabundos son más astutos que los hombres de provecho. Conviene decir que conocía una infinidad de vagabundos dispuestos a quemarlo todo por nada. Por eso estoy aquí, a punto de iniciar una avalancha que termine por acabar con todo. Conviene decir también que no todas las cosas que arden pueden llegar a ser divertidas, que quemar algunas cosas puede ser tan peligroso como meter la nariz en un avispero. Pero algo tenía que pasar. Y no solo porque mi hermano era una víctima fácil. Y no solo porque estaba enamorado de una mujer que no pretendía hacer una cosa distinta que demostrarme, de todas las formas imaginables, que era imposible amarla. A decir verdad, mi hermano no era una presa fácil. Era un león herido, una fiera sin piernas que pretendía hacer volar todo por los aires. Pero por primera vez iba a demostrarle que podía hacer algo de lo que se sintiera orgulloso.

Jaime era un tipo listo que iba a las reuniones en casa y que a pesar de ser un bravo no se metía con nadie, iba por ahí leyendo a Marx sin levantar la cabeza, pero era un maldito enfermo para tirar piedra. El día que lo mataron yo estaba ahí, a su lado, sabía que era él porque a pesar de que no podía ver su cara, podría reconocer a kilómetros los zapatos descoloridos de los que me burlaba cada vez que lo veía. Desde aquella vez las cosas se pusieron feas en realidad, porque venían los policías a casa a interrogar a mi hermano, porque tenían algunas fotos de Liza en las manifestaciones, porque la fuerza no razona y esta vez Óscar estaba en problemas. A Liza le dieron tres meses para irse del país. Estaba con mi hermano cuando le cayeron a la casa. Había al menos treinta policías allí dentro. Como si buscaran una ojiva nuclear. Difícil que pudieras salir con la misma cara con que habías entrado. Papá estaba trabajando y yo llegaba a ver cómo andaban las cosas cuando me encontré con esa película. Si fuera un hombre habría salido corriendo, pero no lo soy, así que entré y las cosas no fueron mejor porque también me esposaron mientras volvían la casa mierda. En la radio sonaba un vallenato triste. La casa parecía volar sobre la ciudad con nosotros dentro. Por las ventanas se podían ver los carros de la policía y allá abajo las luces de la ciudad que apenas oscurecía. No llevábamos lastre, todo el mundo volaba lo mejor que podía, éramos como pájaros asustados. Éramos los pasajeros de un avión con rumbo al final del universo o algo parecido. Óscar daba vueltas, iba de un lado a otro en su silla de ruedas, insultaba a los policías y sus ojos inyectados de sangre eran como dos cohetes tierra-aire listos para derribar lo que fuera. Su-

pongo que por no tener piernas no lo habían esposado, como si no tener piernas fuera señal de algo. Creo que nunca antes había visto de lo que era capaz un hombre. Quizá por primera vez sentí admiración genuina por mi hermano. Aunque, extrañamente, algo muy adentro de mí estaba muerto de risa. Yo pasaba un buen rato tratando de imaginar mi próximo paso. Óscar había conseguido finalmente ser el hombre más feroz del universo, al menos yo lo sabía. Óscar era capaz de nadar en el triángulo de las Bermudas, era uno de esos que hubieran bostezado en medio del incendio de Roma. No recuerdo qué pasó después. Supongo que cuando el avión aterrizó yo estaba dormido. Lo que sí recuerdo es que cuando salimos y pudimos volver a la calle y a la novia de mi hermano le dieron el plazo para irse del país, cuando Óscar decidió que estaba cansado de hundirse y que todo apestaría sin Liza y optó por irse con ella, cuando vi caer a Jaime y supe que venían días peores, lo primero que hice fue cambiar de emisora. Como cuando ves el noticiero y al cambiar del canal esperas que nada de lo que viste haya sucedido y siempre encuentras algo peor. No podía entender cómo había pasado, en qué momento las cosas se habían desviado de esta manera. Detuvieron a la chica de mi hermano y la acusaron de violar la ley de permanencia en el país, la habrían acusado de matar policías de ser necesario, no sé, el punto es que aquello no era más que una de esas mierdas que vuelan como biplanos descompuestos por la cabeza de los policías y los jueces. No quiero imaginar si mi hermano aún tuviera sus malditas piernas. No quiero imaginarme con una bala en la cabeza. Dentro de poco mi hermano y su novia saldrán

volando de aquí y yo me quedaré a destruir lo poco que queda. Dentro de muchos años quizá alguien levante un monumento en mi honor o descubran el planeta en donde habitan las ganas de destruirlo todo. Desde la ventana de nuestra casa también podían verse los aviones despegar. Cuando éramos niños siameses mi hermano y yo jugábamos a secuestrar un avión y huir con el dinero del rescate. Mi madre intentaba descifrar el futuro en el humo de sus cigarrillos y mi padre no podía entender por qué el mundo daba vueltas de esa forma. Un día las cosas estallaron del todo y nadie pudo devolver el tiempo. A veces me gusta imaginar que lo que soñaba cuando niño seguirá ahí al despertar. Cuando la música pare. Cuando todo esto termine para siempre.

37

Una noche, el Joven Verne decidió salir de su casa a explorar los oscuros callejones del muelle de Nantes. Después de cerrar la puerta y emprender su camino, se propuso guardar para sí cada rostro, cada olor, cada sensación, cada palabra escuchada durante su recorrido. Algunas personas hablaban en lenguas que él ni siquiera conocía. De las fondas de pescadores y marineros emergían olores que jamás pensó que existieran. Observó pecados de los que nunca había oído hablar, crímenes caducos que reclamaban su atención, desgracias en herencia, cicatrices de todos los tamaños. Una puta vieja se asomó por una ventana y le gritó: Tarde o temprano te darás cuenta de lo que viene el mundo. Sabemos que no puedes pasar la vida eterna entre los bolsillos de tu padre. Nos disfrazaremos de tu madre, nos disfrazaremos de alguna chica agradable con una amena conversación sobre perros y perfumes franceses y te rescataremos de la oscuridad.

38

Un día despiertas y estás completamente solo. Y ni las canciones ni los juegos de la infancia pueden remendar el agujero grande de la soledad. Todo el tiempo durante el cual no hubo nada que se sobrepusiera a la soledad se fue pensando solo. La soledad es algo constante. El amor se sobrepone a la soledad igual que el ruido de los aviones sobre tu cabeza se sobrepone al silencio. Cuando el amor se va, la soledad regresa.

Ser el único pasajero de un avión que vuela sobre el mar y el azul del mar que entra directamente por tus ojos de hombre solitario, la risa pegajosa de tus amigos muertos, organizar tu propia despedida, las amantes que nunca te abrirán la puerta de nuevo, los cementerios a los que algún día irás a parar, las putas que gritan tu nombre desde las ventanas de los callejones oscuros, estar como al principio, como cuando desaparece la sensación de ser otra persona cuando te quitas el disfraz de Halloween la mañana siguiente, las conversaciones con el tipo que maneja el carrito de las maletas del aeropuerto, las máquinas de gaseosa del aeropuerto, la desgracia o la suerte de los parientes de las personas que se marchan; durante un rato pierdo el hilo de lo que estoy soñando hasta que recuerdo que no estoy soñando nada. Lo peor es la soledad. Pirañas en el estómago. Un avión descompuesto es mucho mejor que la soledad, no importa cuán violenta sea la caída. Recordar es morir. Nadie está preparado jamás para abrir la

compuerta trasera y saltar sin paracaídas, y sin embargo el otro día vi en la televisión a un tipo que saltó desde un avión a una gran red desplegada abajo sin protección alguna. Ahora recuerdo los días en que las cosas podían mejorar. Recuerdo las manos de Liza y la delicadeza de esas manos. Si algo he aprendido en estos años es que todo lo que deseaste y nunca pudiste tener es precisamente lo que recordarás toda la vida. Si eres capaz de incendiar algo incendia lo que alguna vez fuiste, porque lo único que no vas a extrañar cuando te mueras serán tus propias cenizas.

Me gustan las ciudades que no te dejan escapar, que te atrapan como cárceles, me gusta caminar por ahí solo y tropezarme con las mismas piedras una y otra vez, vomitarme en los mismos parques cada noche. Subir hasta donde se estrelló el avión aquel hace años y desde allí escrutar la soledad de esta ciudad clavada en la nostalgia. No tengo prisa por morir. Tengo prisa por llegar al aeropuerto y ver despegar lo que alguna vez fui. Me urge encender el fuego que acabe con esta ciudad, y la ciudad lo sabe. Con este calor solo queda dormirse con la cabeza dentro del inodoro y despertase como si nada hubiera sucedido. He visto a un policía disparar su arma al aire para dispersar a los borrachos del Caballo. No era uno de esos policías de las películas, era un gordo sudoroso y podría jurar que disparó su arma al cielo para hacer llover. Cuando no estaba disparando, el policía gordo se secaba el sudor con un pañuelo sucio. En sus ojos podía verse la soledad. No era una imagen difícil de apreciar, pero era una gran imagen. Cuando la ciudad empezó a arder todos sabíamos que la universidad sería el epicentro de eso que soñamos cuando niños. Cuando la policía por fin entró y se tomó el campus y los que se habían tomado la rectoría tuvieron que

correr, cambiarse de ropa y salir como si nada, cuando las tanquetas entraron y ya no hubo piedras que lanzar y los policías sudorosos ya no tuvieron a quién matar, cuando eso pasó, la rabia saltó los muros y se extendió por la ciudad. Primero fueron las montañas, muchos dijeron que fue por culpa del calor, que el calor fue el castigo que tuvimos que pagar por hijueputas, por no huir a tiempo, y quizá haya sido la misma ciudad la que nos haya dado en la cara. Después vino el incendio de la biblioteca y de la plaza de mercado. La gente esperaba cada noche una Nueva Ola de Violencia. Así había bautizado el periódico local los incidentes que cada semana sacudían el aburrimiento que nos acosaba. Ahora no sabría decir si mi hermano y Liza tuvieran algo que ver. De todas formas, ya los he perdido para siempre.

La primera gran pérdida de la vida adulta es la familia. Puede que consigas alguien que te limpie el culo, pero nunca encontrarás a nadie que te odie tanto y que te ame tanto a la vez como un hermano o un padre. En cualquier caso, uno a veces pierde las piernas y le nacen alas. Estoy parado frente a la Alcaldía con una botella de gasolina en mi maleta y un encendedor en mi bolsillo. Algo de ropa y cero pesos. No quiero aparecer en la portada de ningún periódico, pero tampoco quiero morir aquí. Morir de aburrimiento está bien cuando no tienes las bolas o la estupidez necesaria para disparar un arma. Un día despiertas completamente solo mientras afuera la ciudad es un planeta en ruinas. Acostúmbrate a la soledad decían, a las balas que rozan la nostalgia, un policía de boca floja es ajusticiado por la caries. El fuego es la única salida, los aviones que desvían su rumbo la única posibilidad para alguien que no tiene que trabajar mañana.

39

Mamá escupía sangre mientras la ciudad se empecinaba en convertirse en una masa informe. Mamá escupía sangre mientras afuera una llovizna hermosa bañaba los recuerdos que nacían. Mamá escupía sangre y las palabras que quedaban por decir entre nosotros se perdían en las noches de esta ciudad sin olor. Tal vez sea el momento de decir unas palabras por los amigos muertos y después decir unas palabras por estas calles de mierda en las que se extraviaron todos los olores. Todas las formas. Helena me dijo alguna vez que los miedos de la infancia se resumen en el miedo a estar solos. De niño temblaba cuando mamá me dejaba solo y entonces corría por cada rincón de la casa buscando su olor. Estoy tan orgulloso de mis temblores como un asesino en serie de los nombres de las víctimas tachados en su libreta de notas. Como Eróstrato incendiando el templo de Artemisa. Como un chico que muere aplastado por todos los tomos de todas las enciclopedias del mundo. Creo que ha llegado el momento de partir, de incendiar lo que sentimos, lo que no sirve para nada. Incendiar el amor, al Dios que nos puso un agujero en el culo y que nos dio una madre y un padre y un nombre y una puta ciudad a la que estaríamos condenados de por vida. Incendiar los aviones que nos alejan del suelo que pisamos pero que nos acercan a la lluvia. La lluvia me hace pensar en

dioses y en largas distancias. Creo que pronto volverá a llover, después de tanto tiempo, que la gente saldrá de sus madrigueras y que a pesar de que la lluvia haga ver todo con mayor nitidez, no hay mayor honestidad que una buena pedrada en la cabeza. Mamá escupía sangre mientras Dios se cagaba de risa de nosotros.

40

En este sueño mi padre me pregunta qué pienso de esas señoras que saltan en paracaídas a los ochenta años. Le digo que nada. Párate, dice. Tienes que huir. No me quiero parar. No dice nada. Nos quedamos en silencio. Luego él se levanta. Sus orejas se ven más grandes de lo que recordaba. Camina con dificultad, con una mano en la espalda. Mi padre entra al cuarto y cuando sale trae algo en sus manos. Habla de nuevo. Quiero que te lleves esto, y me muestra una caja hecha con palitos de paleta. Una caja pintada de azul como las del programa de manualidades. Esto es tuyo, dice. Tu herencia. Llévatelo, susurra con la voz entrecortada, y me mira de reojo. Lo miro de vuelta. En mi mente, mi madre se alista para saltar desde una avioneta que sobrevuela la ciudad. Fuma. A mi padre se le quiebra la voz mientras me dice que me vaya. Mi madre salta sobre una maqueta a escala de una ciudad que ya no es esta, sino que en realidad es un fragmento, imágenes de una ciudad hecha de luces de colores. El final del sueño es ambiguo. El paracaídas no abre, mi madre es una mancha estampada contra el pavimento. Adentro de la caja hay un avión de papel, lo lanzo y no vuela. Se estrella contra la pared de la sala y se escurre como un escupitajo espeso. Dicen que todo lo que sube baja y dicen que todo puede comenzar de nuevo siempre. El aire está cargado de electricidad y de fantasmas.

41

Me sentí estúpido durante mucho tiempo después de que besé a Liza. Apenas salí de su casa vagué por el centro un rato pensando en las posibilidades que tienen los hombres que nunca pierden. Aquella vez descubrí que el amor es un simulador de vuelo. Y que cuando todo sale mal no queda sino estrellarse sin consecuencias. Cuando era niño quería pilotear mi propio avión, ahora solo quiero ser un niño de nuevo. Quizá Liza haya cambiado para siempre el rumbo de esta ciudad. Quizá no. Sin embargo, creo que lo más valioso de haberme enamorado de ella haya sido la sensación de pérdida. Un día decides ir paseando al hospital, las flores están bellísimas, el sol te sonríe y te guiña un ojo. Una hora después te descubren un melanoma. Otro día cierras los ojos y cuando los abres tus piernas ya no están. Cuando llegué a casa y me dormí y luego desperté a la mañana siguiente, me odié por no saber detenerme. A veces la tristeza no quiere marcharse y se agarra de lo que sea para sobrevivir la muy hija de puta.

42

Me gusta venir al aeropuerto a reírme de los que lloran cuando despegan los aviones. Desde siempre me ha gustado descubrir lo que se esconde en las lágrimas de esa gente que se queda atrapada aquí, mientras los demás se largan para siempre. Siempre habrá una historia detrás de cada despedida. Algunas veces es una historia buena, otras no. Una despedida es buena para quien se va, pero no para quien se queda. Quedarse no está mal cuando lo que apetece es quedarse, claro está. Pero supongamos que no. Que quien se va es tan importante en la vida de quien se queda que seguro el segundo sentirá como si le quitaran una parte importante de sí. Digamos, como si le quitaran una pierna. Entonces ya no podría volver a caminar, ni a correr, ni mucho menos a patear cosas cuando no hubiese absolutamente nada que hacer. Lo único cierto es que esta vez quien se va es quien no tiene piernas; como si cierta clase de inmovilidad hubiese sido el impulso necesario para que quien se va lo haga para siempre.

Definitivamente el ruido de los aviones no es bueno para los nervios. Menos cuando la cabeza duele. Tengo la boca seca y un puto dolor en las sienes que mataría a dos leopardos. No me gusta despedirme. Suena a lugar común, lo sé. A veces incluso creo que los que no se despiden no lo hacen porque se sientan mal sino por pura y desgraciada envidia. En mi caso, es el miedo a

quedarme solo. No me gusta. Y aquí estoy con la nariz pegada a la ventana de la sala de embarque. Busco a mi hermano con la esperanza de que aún no haya despegado. A mi lado, mi padre señala al fondo mientras habla de la gente a la que ha visto largarse en todos estos años. Habla de nombres lejanos, de lugares, de sitios que no conoce. Me cuenta del tipo aquel que estrelló una avioneta arriba en los cerros cuando intentaba impresionar a su novia sobrevolando el techo de su casa. Recuerda los domingos de agosto en los que venía con mamá a elevar cometas y a ver la ciudad desde el mirador. Inventa nombres y confunde recuerdos. Desde arriba se ve el humo de las cosas que arden allá abajo, como si arriba fuera mejor que abajo, como si esa ciudad que se desvanece de a poco no nos perteneciera. Habla de Stalin y de la defensa de San Petersburgo, de cuando era niño y burlaba a los policías para poder entrar al estadio y corría y corría y luego sentía cómo despegaba del suelo un centímetro, dos centímetros, mil metros sobre todas sus tristezas de niño solitario.

Intento golpear la ventana para llamar la atención de Liza o de mi hermano, pero mi padre me detiene. Dice: es mejor así. Ya nos volveremos a ver, dice. Entonces sigue hablando como una máquina expendedora de palabras, una máquina descompuesta que me abraza y me ofrece la posibilidad de retornar a esos días en los que parecíamos rinocerontes o huracanes. Me cuenta de cuando vio a mi hermano casi muerto, con las piernas destrozadas, y de bolsillos que se devoran las manos como caimanes impotentes. Después de mucho tiempo vuelvo a ver el rostro de mi padre, las arrugas de su ros-

tro, las bolsas bajo los ojos de ese rostro que me mira con el peso de una culpa que no comprende pero que lo quema por dentro. Habla de aviones, de la tormenta que se avecina, de los vuelos cancelados y de un hombre al que encontraron muerto en un baño y del que nunca nadie reclamó su equipaje. Recuerda aquella vez que Óscar y yo nos fugamos de casa y de cómo él y mi madre se dieron la mano mientras dormían, sabiendo que no iríamos muy lejos, pero que era mejor no decir nada. Me cuenta de aquella vez que quiso ser boxeador, de que era bueno con los puños, pero malo con las palabras, de lo complicado que era entender sus propias palabras. Recuerda cuando vio al Papa de cerca y le gritó cura malparido, escondido entre la multitud que lo recibía en el aeropuerto.

Me cuenta tantas cosas y me doy cuenta de tantas otras que no me atrevo a abandonarlo. Pero debo abandonarlo. Miro al piso y creo que estoy llorando. Mi padre sigue hablando. Algo allá adentro le ha inmovilizado la capacidad de entristecerse. Recuerda cuando los aviones se caían por culpa de las bombas. Cuando todos corrían histéricos y atolondrados y siento nostalgia por el pasado. Nostalgia por las botellas que rompían el aire en el Caballo cuando la policía llegaba a acabar la fiesta, nostalgia por tantas cosas que abandonaré mañana en la noche. Nostalgia de imaginar a Óscar y Liza paseando felices por los Grandes Lagos mientras yo escapo de esta ciudad entre las montañas que me llaman en sueños. Quizá no sea nostalgia sino envidia. Envidia de mis propios fantasmas y de mis propios sueños. Mi padre habla y dice que alguna vez le llevó las maletas a Sofía Loren

cuando estuvo en esta ciudad, describe lentamente su cortejo de seguidores como si fuera un poema, mientras recuerda que Sofía Loren nunca estuvo en esta ciudad.

En la sala de espera Óscar y Liza hablan y se ríen. No miran atrás. Los miro y soy feliz y creo que el tiempo debe detenerse en esa imagen para siempre. Los veo reír y supongo que deben hablar del viaje que los llevará lejos. De la genealogía secreta de esos días que se fueron, del chasquido de la lluvia sobre nuestro techo de zinc. Hablan de los días en que Liza aterrizó en esta ciudad para desgracia de muchos. De las noches en que dormimos los tres en el auditorio de la universidad porque afuera las balas silenciaban la ilusión casi duradera de sabernos dueños de las mismas esquinas de siempre. De sabernos dueños de la desesperanza, de apretar el amor con los puños. Hablan de los días que pasó en el hospital, y de lo que sintió cuando se vio sin piernas, de saber que ya no podría correr ni patear ni pisar mierda. Aunque para pisar mierda no hagan falta piernas. De sentir que tendría que limpiar su culo mejor que nadie si no quería ser nadie. Habla de despertar gritando en la oscuridad de aquel hospital y de la paciencia de mi padre que siempre estuvo allí para cuidarlo. Miro a mi padre que conversa con uno de sus amigos del aeropuerto y siento que esto es una de esas cosas que a veces pasan. Entonces siento que debo correr. Afuera ha empezado a llover una lluvia triste. Una lluvia que limpia. Afuera los disparos de la policía suenan en la distancia, mientras las sombras de siempre rugen a pesar del toque de queda, del sonido de los helicópteros que buscan infundir temor en esa ciudad que parece dormida siempre.

Mi padre mueve sus manos al hablar. Recuerdo cuando llegaba del trabajo y me gustaba subirme sobre su espalda y jugar a que volaba sobre un dragón que escupía fuego sobre los niños que me perseguían a la salida del colegio, los mismos que me gritaban cosas y que nunca pudieron correr tan rápido como yo. Mi padre mueve las manos y aletea y aviva el fuego que nos une y que nos separa. Recuerdo un sueño donde veía Roma incendiada por Nerón, pero luego Roma era nuestra casa. Veía el suelo cubierto con una alfombra de colillas, de cenizas que tapizaban el pasillo y los cuartos y la cocina. Mi hermano dice que se despertó en el hospital bañado en sudor, que cuando trató de pararse para ir al baño y sintió la ausencia de sus piernas no supo qué hacer. Que creyó que era un sueño y se quedó dormido de nuevo y al despertar sintió lo mismo y volvió a dormir y así durante varios días.

Afuera empezó a llover. Es una lluvia azul. En este punto podría uno pensar que es mejor dar la vuelta y salir como si nada. Pero soy alérgico a darme por vencido cuando estoy vencido. Por los parlantes llaman a los pasajeros del vuelo que sacará a mi hermano de aquí. Veo como recogen sus cosas y se enfilan a desaparecer por el pasillo que los devorará y los escupirá del otro lado. Como un agujero de gusano de colores. Óscar se ve ansioso. Con la mano dibuja un adiós en el aire y luego se ríe. Su risa me hiela. Ahora papá está a mi lado de nuevo. Dice que hay un sindicato de desempleados. Está en Rusia. Nadie sabe de qué viven. Nadie sabe mucho de ellos. Un amigo de mi padre que estuvo allá antes de que el muro cayera los conoció. Son gente como tú o como yo,

más bien como tú, dice. No puede creer que exista un sindicato de gente que no trabaja. En un país comunista. Quizá sean espías gringos o quizá eso demuestra las debilidades actuales del partido. Vaya uno a saber.

Papá detiene el llanto. En sus ojos puede verse la lluvia que ahora cubre todo. Que resbala por la ventana. Desde niño me gusta venir al aeropuerto y ver llorar a la gente que se queda. Algún día, el mundo será otro. Papá cree que Óscar se fue a destruir el imperio desde adentro y yo no puedo dejar de reírme. El colapso es inminente, hijo. Diez, veinte, treinta años cuando mucho. Pero eso no importa. Lo que importa es que algún día Stalin se levantará de su tumba y salvará al mundo de la debacle. Stalin y su bigote con zapatillas deportivas. Stalin y los recuerdos de su niñez entre las estepas rusas. Stalin era un tipo rudo. Pero era un tipo elegante. Tenía estética. Sus retratos son fríos. Dice que cuando se muera, quiere que lo entierren con el cuadro de Stalin que hay en nuestra sala. Luego mira a mi hermano que ya no está y se queda callado. Después mete la mano en su bolsillo y me entrega un papel doblado en forma de avión. Ahora te toca a ti dice, mientras me da la espalda y empuja el carro de las maletas con el gesto cansado de quien espera que sus palabras se cumplan.

Una familia parece desmoronarse ante tragedias universales: un joven busca en la huida y en el amor un propósito, su madre agoniza, convirtiéndose en un recuerdo doloroso y enfermo, y su hermano sufre un trágico accidente en el que pierde las piernas. En medio de esto se erige un padre silencioso, que trabaja en un aeropuerto, segunda casa para sus hijos. Aquí se tejen hilos de desolación salpicados de esperanza.

Con Aviones que se estrellan contra todo, John F. Galindo incursiona en la novela, dejando a su rastro una prosa ácida y poética, que se desangra en cada página.

ISBN 9781987819656

9 781987 819656